

CUIDAD DE VUESTROS MUERTOS

PUNTO
ROJO

Silver Kane

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



CUIDAD DE VUESTROS MUERTOS

SILVER KANE

Colección
PUNTO ROJO n.º 940
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.524 — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

921 — Miss Muerte recibe los lunes.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

539 — Que no se enfríe el cadáver.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

76 — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15 — Un «Colt, una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

1.006 — Buen sitio para el funeral.

En Colección LA HUELLA:

80 — Manchas de sangre en los ojos.

ISBN 84-02-02320-X

Depósito legal: B. 4.902 — 1980

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: abril, 1980

© Silver Kane — 1980 texto

© Antonio Bernal — 1980 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

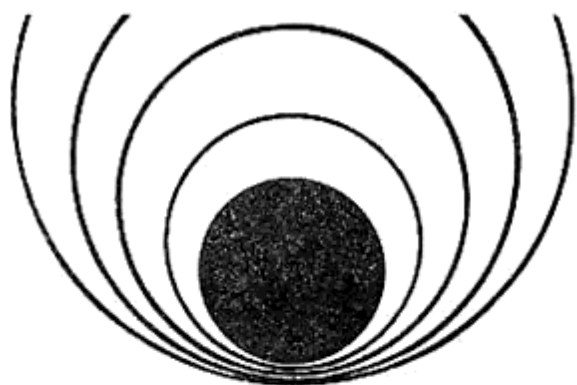
Mora la Nueva, 2— Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.

A.

Paréts del Vallés (N-152, Km 21.650)

Barcelona - 1980



PUNTO ROJO



CAPÍTULO PRIMERO

EN la mágica penumbra del crepúsculo, cuando todas las luces de París se estaban encendiendo, el cadáver flotaba entre dos aguas.

Cabeza arriba, con la boca aún abierta en una mueca de dolor, los ojos espantosamente dilatados, el cuerpo parecía deslizarse suavemente, según el vaivén del agua, en el lago del Bois de Boulogne. Cerca de allí, en el hipódromo de Longchamps, algunos supermillonarios dueños de cuadras entrenaban a sus caballos *pur sang*. Las oficinas de la Porte d'Orléans, la Porte Dauphine, la Porte Maillot, también cerca de allí, iban cerrando y vomitaban a la calle centenares de presurosos empleados que eran engullidos por los Metros y hacinados en los autobuses periféricos de París. Coches de hombres que amaban la aventura enfilaban las rutas de Suresnes y Saint Cloud y se detenían en los caminos casi solitarios, donde empezaban a asomar las primeras diosas de la noche, las famosas prostitutas del Bois de Boulogne. Algunos automóviles amplios, como el «Peugeot 604» o el «Citroën CX» se transformaban ya en improvisadas habitaciones de hotel donde fugazmente asomaban por las ventanillas unas piernas de mujer o una ansiosa boca de hombre. Como cada anochecer, cuando la luz se hace mágica, París renacía, se ponía a hervir, a vibrar y a cantar. Pero ya no era el París áspero de las oficinas y del *Je n'ai assez*, sino el de las aguas del Sena, el de los *clochards* y el de las luces mortecinas que cantaron los poetas. Las mujeres de la rué Saint Denis montaban las primeras guardias en las esquinas y los turistas japoneses fotografiaban la *tour*, que acababa de iluminarse. En las redacciones de *Le Monde*, *Le Figaro* o el *France Soir* sonaban al mismo tiempo las primeras maldiciones.

El hombre que flotaba entre aguas, con la cara vuelta hacia el cielo violeta, había dejado atrás todo aquello. Muerto como un vagabundo que cae al Sena, su cara había ido adquiriendo la palidez cerúlea de los que ya no vuelven.

Y, sin embargo, aquel hombre había conocido íntimamente a Charles De Gaulle. Había tratado a Mendes France, durante los años difíciles de la independencia de Argelia. Había formado coaliciones con un joven llamado Chirac, y que estaba llamado a una gran carrera política. Había dictado artículos diciendo que Mitterrand y Sauvegeot eran unos inmorales y que nunca favorecerían a Francia.

Ahora no era más que un cadáver, pero un cadáver de lujo. Llevaba

un abrigo cortado en Bond Street, un reloj de oro Patek Philippe, un mechero «Dupont» y un bolígrafo hecho con bronce de los ojos de buey del trasatlántico *Queen Elizabeth*. Era un muerto perfumado, si es que alguna vez puede usarse esa palabra.

El hombre que a aquella hora se apeó de su viejo «Simca 1200» en las cercanías del lago, donde ya todo estaba solitario, no sabía que iba a encontrarse con un cadáver. Aquel hombre alto, fuerte, acostumbrado al deporte y quizá también a las situaciones violentas, acababa de cumplir los treinta y cinco años. Llevaba una gabardina ligera, un traje gris, un cuaderno de notas, dos bolígrafos y un revólver Python del 38. Cuando anochece, uno puede necesitar un Python en según qué sitios del Bosque de Bolonia.

Miró en torno suyo y acabó clavando sus ojos fijos y duros en el lugar de la cita. Era junto al embarcadero donde las mañanas de sol se hacen retratar los turistas. Ahora aquello estaba solitario y siniestro como si se tratara del último lugar del mundo, aunque a unos doscientos metros brillaban las luces pilotos de los coches donde estaban haciendo el amor algunas parejas audaces.

Consultó su reloj.

Era la hora.

¿Por qué el ministro francés de Información no había acudido a la cita? ¿O es que se había arrepentido en el último momento? ¿Quizá es que tenía miedo de hacer declaraciones a un periodista de *Le Monde*, aunque *Le Monde* sea uno de los periódicos más serios de Europa?

Hans volvió a consultar su reloj.

Bien... Más valdría que se situara exactamente en el lugar de la cita. Así le vería el ministro en cuanto se decidiese a venir.

Llegó junto al lago, fue a encender un cigarrillo y de pronto éste cayó de entre sus labios. Los ojos de Hans sufrieron una sacudida. Tuvo que mirar dos veces. De pronto lanzó una ronca exclamación.

¡Infiernos! ¡Era el hombre que le había dado una entrevista en exclusiva y en un lugar semidiscreto, donde no hubiera micrófonos ni pudiese controlarles nadie!

¡Era Pleyel, el ministro francés de Información!

¡Y estaba muerto!

Hans sintió que por un momento todo daba vueltas en torno suyo: el lago, las luces, los coches lejanos, las barcas amarradas... En aquel momento pensó mil cosas a la vez, pero la realidad se impuso. El ministro de Información del gabinete del presidente Giscard estaba muerto, y él era el único que lo sabía en Francia. ¡Qué noticia!

¡Y qué lío!

Estuvo a punto de llamar a la policía, pero lo pensó mejor. Aun aceptando que se estaba metiendo en un peligro y que contravenía la

ley, se inclinó sobre el lago, tensó su largo y poderoso cuerpo y consiguió asir por una solapa la americana del muerto, que estaba muy cerca de la orilla. Tiró y pudo sacarlo.

No había señal alguna de violencia. «Veneno —pensó—. Suicidio.» Pero la idea era demasiado increíble para aceptarla con facilidad, de modo que se dedicó a registrar al muerto. Segunda infracción de la ley, porque no se puede registrar a un fiambre, y menos si el fiambre es de un ministro. Pero guardó los documentos, una caja de pastillas que encontró y una agenda con direcciones. Dejó las llaves del coche, el dinero y los objetos personales. Luego disimuló el cadáver detrás de un seto y se largó.

A pesar de que Hans era, un periodista veterano, pues treinta y cinco años dejan su marca, no podía evitar que el corazón le latiese aceleradamente.

Tenía la noticia más importante de Francia.

Buscó una cabina telefónica, pero a cierta distancia de allí, en la Porte Maillot. No quería que nadie viera su coche cerca del lago. Los posibles testigos acaban acordándose de todo.

Llamó al director de *Le Monde*. No estaba (los directores raramente están en los periódicos, y son siempre los otros los que hacen el trabajo). Pudo hablar con uno de los subdirectores. Le dio el notición.

Al otro le salió la palidez hasta por el hilo del teléfono.

—¿Pero qué has hecho, Hans? ¡Maldito alemán de la mierda! ¡Has contravenido la ley!

—No soy alemán.

—Bueno, perdona... Digo que has contravenido la ley. No debiste haber tocado el muerto, pero...

—¿Pero qué? ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Estoy pensando que tenemos la noticia en exclusiva. A ver... Los otros periódicos meten las tejas en la rotativa a las dos y media de la madrugada. Si hacemos que la policía descubra el pastel a las cuatro y media, ninguno de ellos alcanzará el notición y nosotros, en cambio, lo podremos dar a toda plana. ¿Tú crees que es posible que la policía no descubra nada hasta las cuatro y media?

—Tal como está el cadáver, lo normal es que nadie lo encuentre hasta el amanecer. Y no creo que Pleyel haya dicho a nadie el sitio en que iba a encontrarse conmigo, porque él mismo tuvo interés en que la entrevista fuera absolutamente secreta. Podemos dar el pisotón a todos los periódicos del mundo con sólo aguantar unas horas. ¿Avisarás a la policía a las cuatro y media?

—Sí. Y diré que nos ha llamado un comunicante anónimo. ¿Qué vas a hacer tú mientras tanto?

—He recogido algunos documentos de Pleyel.

—Oye, eso es...

—Sí, ya sé: contra la ley. Pero no te preocupes, porque haré que dentro de unas horas la bofia los encuentre también. Entretanto voy a intentar averiguar algunas cosas que en este momento no puede averiguar nadie más que yo. ¿Listos? Voy a correr como nunca en mi vida. Te llamaré.

—Oye... ¡Nada de correr aún! ¡Dime cómo ha ocurrido todo! ¡Hemos de redactar la noticia para la primera plana!

—Tienes razón. Casi me olvidaba de eso.

Y Hans dio por teléfono un informe sobre la situación del cadáver y las circunstancias del descubrimiento, aunque silenciando su intervención. Luego salió disparado de allí.

Por suerte había menos tráfico en las calles.

Fue a la Gare du Nord.

En una atmósfera gris, a lo Simenon, flotaban las luces de los cafés de cada esquina. Algunos hombres silenciosos bebían allí la *bière d'Alsace, brasseurs de père en fils*. Alguna pareja se besaba en los divanes que habían visto tantas cosas. Se oía en aquel momento el pitido de uno de los últimos trenes que partían hacia Metz.

Hans se sentó, pidió un café doble y examinó los documentos que tenía. La agenda contenía centenares de nombres, muchos de ellos conocidos, pero eso es normal en un ministro. Luego miró la caja de pastillas.

Eran simplemente píldoras contra la depresión; un vulgar excitante. Un hombre como Pleyel, lleno de problemas, debía necesitar a veces una «píldora de la felicidad» de aquellas para seguir en pie. Solo faltaba una.

Hans arrugó la nariz.

«Supongamos que alguien le dio el cambiazo —pensó—. Supongamos que alguien cambió la primera píldora que es la „que normalmente se consume cuando uno abre la caja. Supongamos que la sustituyó por un veneno muy activo. Pleyel la tragó.»

Bebió un sorbo de café.

«En ese caso sería un asesinato, no un suicidio —siguió pensando—. Nadie relacionará estas píldoras con su muerte. Todo el mundo sabe que Pleyel tomaba excitantes. Encontrárselas encima será lo más normal del mundo.»

Encendió un cigarrillo.

Su cabeza era un volcán.

En aquel momento entró una joven cortesana, se sentó casi enfrente suyo y le enseñó discretamente las piernas, pero Hans no se dio ni cuenta.

«Claro que quizá estoy imaginando lo que no es —continuó—. Pleyel pudo muy bien suicidarse. Cuando me llamó para decir que quería

hablar en secreto conmigo, era porque algo le obsesionaba. Cuando un ministro se molesta en llamar a un periodista, es porque quiere utilizar al periodista, y además en este caso utilizarle sin que nadie lo sepa, por si la cosa no sale bien. ¿Qué significaba eso? Que quería proponerme un acuerdo. ¿Un acuerdo para él? Pleyel sabía que yo no soy un chanchullero y que mi periódico no admite los chanchullos tampoco. Seguramente buscaba que *Le Monde'* le defendiera, pero que le defendiera en un asunto personal y no político, ya que de lo contrario no hubiese tomado tantas precauciones. Y ese asunto personal, ¿cuál podía ser?»

Hans tenía la mirada perdida.

Ni siquiera se daba cuenta de que la chica le enseñaba ya el ligero.

Buscó en los resquicios de la vida de Pleyel. Ni fraudes financieros, ni mujeres, ni líos de espionaje, ni infidelidades.

Había sido un hombre muy adicto al presidente Giscard. Pues entonces, ¿de qué se trataba? Y de pronto lo recordó. Dos semanas antes el rumor había empezado a reptar como > una serpiente por las redacciones de París: homosexualidad. Se comentaba que Pleyel estaba entendiéndose con un *travesti*.

«Un escándalo como el del inglés Jeremy Thorpe», pensó Hans.

Bueno, todo podía ser.

Jeremy Thorpe, uno de los hombres con más porvenir en la política británica, había caído en la peor ignominia por un asunto de esa clase.

Entonces Hans buscó en la agenda. Todos los teléfonos estaban junto a los correspondientes nombres, y además nombres conocidos. Sólo había dos que estaban marcados con unas iniciales, como si Pleyel hubiese querido asegurarse sobre ellos una cierta intimidad.

Hans llamó a uno de ellos desde el mismo bar.

Nada.

Era una viuda de la guerra de Argelia.

Mujer madura, por lo que se adivinaba en su voz.

Pero todavía hermosa, seguramente, y además dotada de un fino espíritu. Era una mujer de conversación encantadora incluso con un desconocido. Hans le dio su propio nombre y dijo que la llamaba de parte de Pleyel por si ella podía concederle una entrevista. La mujer le dijo que no, pero a través de medias palabras dedujo Hans que ella era amiga de Pleyel, que estaba enamorada de él de una forma más o menos platónica y que quizá nunca hubiesen ido a la cama juntos. Por allí no sacaría nada.

Dio las gracias, se disculpó y colgó.

Quedaba el otro teléfono.

Le respondió una voz de hombre.

¿Hombre?

—Dime, André, querido.

Hans se estremeció.

André era el nombre de pila del ministro Pleyel.

Hans pensó: «Mierda».

No le alegraba en lo más mínimo haber hecho aquel descubrimiento que confirmaba lo que se había dicho por las redacciones tiempo atrás. Por un momento estuvo tentado de colgar, ya que no quería seguir ahondando en flaquezas miserables que además no le importaban a nadie.

«Pero siempre me queda el recurso de no publicarlas —pensó—. En cambio saberlo todo siempre es necesario.»

La voz melosa insistió:

—André, ¿por qué no me contestas? ¿No eres tú? ¿Qué pasa? Sólo tú tienes mi teléfono, mi línea privada...

Hans dijo secamente:

—Soy un amigo de Pleyel.

—¿Queeeeé?..

La voz masculino-femenina sonaba con miedo. Hans insistió: —Un *buen amigo* de Pleyel. La prueba es que él me ha dado su teléfono.

—¿Y qué pasa? ¿Por qué no me llama él? ¿Es que le ha ocurrido algo?

—Nada de especial. Un pequeño contratiempo que no tendrá importancia si todos nos movemos pronto. André Pleyel necesita su ayuda.

—¡Ay, pero qué cosas! ¿Y en qué puedo ayudar yo a un ministro, pobre de mí?

—El ratón ayudó al león a salir de la red, según la fábula. Claro que puede ayudarle usted. Dígame dónde puedo verle... y enseguida.

—Aquí mismo. Le esperaré antes de mi actuación. Incluso tenemos un poco más de tiempo si es necesario... Puedo pedir por teléfono que me hagan salir en el último número.

—No sé su dirección —musitó Hans, sabiendo que aquello lo comprometía todo—. Pleyel no me la ha dado.

—Vivo en Neuilly, en un chalet apartado. Rué de la Vieille Fontaine 80.

Hans dijo:

—Voy.

Y colgó.

La chica estaba sentada cerca.

Había situado su falda de forma que lo enseñaba todo.

—¿Qué? —preguntó.

—Tengo una cita con un marica —dijo mansamente Hans.

Y salió.

Otra vez en el coche.

A cada momento había menos tráfico en París, en cuyos barrios burgueses la gente se retira pronto.

Menos mal.

Neuilly.

Barrio cerca del gran parque. Bloques de vecinos junto a viejas casas aisladas. Coches detenidos en lugares discretos. Gente que hace el amor. De vez en cuando algún *voyeur*. Y también de vez en cuando algún asaltante con navaja que lo aprovecha todo.

«¿Pero cómo se puede hacer el amor así? —pensó Hans—. ¿O quizá es que esas cosas no me entran porque ya me estoy haciendo viejo?»

Vio la casa que buscaba.

Un lugar ya algo pasado de moda. Un chalet estilo Segundo Imperio, pero discreto y tranquilo. Un nidito, vamos.

Hans llamó.

Observó que le escrutaban en silencio a través del espía de la puerta.

Un instante después le abrió una mujer estupenda.

Alta, completa.

Potentes senos.

Piernas largas y esbeltas. Zapatos de alto tacón. Medias oscuras y prietas.

Hans pensó: «Me he equivocado de puerta...»

Pero entonces la voz le dejó helado. La voz masculino-fe— menina que ya conocía le preguntó:

—¿Eres tú el amigo de André?

—Sí, yo... yo soy.

—¡Ay, pasa, pasa! .

El *travesti* cerró la puerta. Fue caminando hacia el interior, precediéndole. Contoneaba exageradamente las nalgas. Un perfume ramplón, insistente y poco fino llenaba todos los rincones de la casa.

Hans sentía una especie de vértigo, a pesar de toda su experiencia. No podía olvidar que, mientras tanto, el cuerpo de Pleyel yacía sin vida junto al estanque de Boulogne. Se encontró de pronto en una especie de camerino lleno de fotografías en las que el hombre-mujer enseñaba bajo los focos unas bonitas piernas y unos grandes pechos. «Cirugía estética —pensó Hans—. Hormonas tomadas con embudo. Parafina en los senos. Postizos para marcar más las curvas. Un modisto que seguramente también es *travesti* y que hace milagros...»

El bisexual no tendría más allá de veinticinco años. L3. Naturaleza le había favorecido, porque era muy guapo. Seguro que nació ya medio mujer. Bueno, ¿eso es suerte? ¿O no?

El hombre-mujer susurró:

—Llámeme Jean.

—Encantado, Jean. ¿Esas fotos son de sus actuaciones?

—Sí. ¿Es que no me has visto nunca? Tengo un contrato por dos años en el Bobinó. Soy famoso.

Hans tragó saliva.

¿Un bisexual famoso? ¿Y con un tipo así se había enredado nada menos que André Pleyel, el ministro que más cosas sabía de Francia? ¿Expuesto a que en unas semanas aquello fuese la comidilla de París, como en cierto modo ya había empezado a suceder? Enseguida Jean preguntó con voz plañidera:

—¿Pero qué le pasa a nuestro querido André?

—Te necesita.

—¿A mí? Naturalmente que estoy a su disposición. Con lo que le quiero... Con la de cosas que hemos vivido juntos. Con lo...

—... ¿Con lo qué? —preguntó Hans.

Sus ojos eran acerados.

Había en su mirada el brillo un poco siniestro de un filo metálico.

—Bueno... —dijo confusamente Jean—, supongo que André se lo ha contado.

—No todo.

—En fin... Le habrá insinuado que los sentimientos hombre-hombre pueden ser tan intensos y honrados como los de hombre-mujer. Y especialmente cuando uno-una, es decir yo, tiene lo mejor de los dos sexos. ¿No ha leído a Harold Robbins? Caramba, pues es un éxito mundial... El habla de esas cosas.

Hans sentía una honda amargura.

Pero uno no puede evitar lo inevitable.

Susurró:

—Conviene que mañana por la mañana no se mueva usted de aquí.

—¿Por qué?

—André Pleyel le traerá unos documentos. Quiere que usted se los guarde.

—¿Pero por qué yo?..

—Él se lo explicará.

—¿Es ése todo el favor que quería pedirme? ¡Pobre André! Pues claro que sí... ¡Lo que haría yo por él!

Y señaló una foto que estaba sobre el tocador. Los dos, es decir el ministro y el *travesti* hablaban mientras bebían animadamente unas copas. La escena tenía lugar en el mismo camerino donde Hans se encontraba ahora, es decir sin público. Se trataba de un documento que era toda una revelación, aunque a primera vista parecía como si el

ministro hablara con una hermosa mujer. Había que explicar lo que existía detrás.

—Perdón —añadió Jean—, voy a cancelar una cita que tenía para mañana. Por favor, no se mueva de aquí.

En realidad el *travesti* no fue muy lejos. Habló por teléfono desde un vestíbulo contiguo, dando excusas con voz plañidera. Hans aprovechó la ocasión para hacerse con la foto y cubrir el vacío con unos papeles que había sobre el tocador. Si Jean no se fijaba con detalle, era imposible que se diese cuenta.

Por fin el bisexual volvió.

—Arreglado —dijo—. ¿A qué hora vendrá André?

—Usted espérelo.

—¿Pero por qué no me ha llamado él para decirme esto?

—Porque el momento es difícil. Teme que le sigan y que su teléfono esté controlado. Es posible incluso que los documentos los tenga que traer yo en persona, pero con esta visita hemos ganado mucho: tú ya me conoces.

—Es... es verdad. ¡Qué bien!

Hans fue hacia la puerta. Le dio la mano.

—Gracias;

—Oye...

—¿Qué?

Jean había entornado los párpados.

—¿Qué clase de bicho eres? —preguntó.

—¿En qué sentido?

—Nada... De qué lado estás.

—Me gustan las mujeres —dijo Hans, tratando de escabullirse.

—¿Y por qué no? Yo tengo el lado bueno de la mujer. Y al mismo tiempo sé muy bien lo que quiere un hombre.

Hans arrugó la nariz. Aquel perfume pastoso, vicioso, lo llenaba todo.

—Mañana —dijo—. Sí... Mañana tal vez.

Y salió casi precipitadamente, como en una huida.

Quizá era vergonzoso, pero no podía evitarlo.

Se mareaba.

Capítulo II

EN la redacción había poca gente, pero la necesaria para preparar aquel número extraordinario que iba a aparecer por la mañana. El director había vuelto. Miró a Hans con expresión casi ansiosa.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Está lista la información?

—Todo preparado y a punto de entrar en máquinas. Somos muy pocos los que hemos intervenido en el trabajo para que nadie dé el soplo por teléfono a otro periódico. Todo podría suceder... La policía aún no sabe nada. Tenemos destacado allí a Blanchot, que finge investigar cosas de rutina. Bueno, ¿y tú qué? La información es incompleta si no se conocen las razones. ¿Las sabes? ¿Conoces tú las causas de la muerte?

Hans susurró:

—Pudo ser un suicidio.

—¿Por qué?

Dejó la foto sobre la mesa. El director musitó:

—¿Era eso? ¿Un escándalo con una mujer?

—No es una mujer. Es un hombre.

—¡Dios santo! ¿Seguro?

—Seguro. He hablado con él-ella. No hemos acabado en la cama por milagro.

El director se mordió el labio inferior.

—Escucha, pero esto es... es...

—Si, ya sé: un escándalo nacional. Y si mañana nosotros publicamos no sólo la noticia de la muerte, sino también esta foto y la explicación de lo que a mí me ha ocurrido, seremos el periódico más famoso del mundo. Pero hay dos razones para que yo diga «no». Mejor dicho: tres.

—¿Cuáles?

—Primera: pudo ser un asesinato, no un suicidio.

—¿En qué te fundas?

Como si no le hubiese oído, Hans continuó:

—Segunda: hay que dejar en paz a los muertos.

—¿Y la tercera?

—No sé... La tercera es más bien una sensación confusa: La sensación de que me lo han puesto todo demasiado fácil.

—¿Qué quieres decir? ¿Hablas de un complot?

—Ya le digo que es una sensación confusa, pero con muchos puntos de apoyo: pudieron matar a Pleyel sabiendo que yo iba a encontrarme con él. Pudieron imaginar (y acertaron) que yo descubriría el cadáver, y que mi instinto periodístico sería lo que más me dominaría en aquel momento. En fin, que robaría algunos documentos y la agenda personal. Y que en ella encontraría un par de teléfonos sobre los que me gustaría mucho indagar.

—Entiendo. Sigue...

—Podían suponer que yo acabaría dando con el *travesti*, y en eso también acertaron. Bien mirado, había un noventa por cien de probabilidades de que yo obrase como lo he hecho, de modo que no arriesgaban gran cosa. Y entonces ha empezado lo de ese bisexual. Repito: demasiado fácil.

—¿Demasiado fácil por qué?

—El pájaro no ha disimulado nada por teléfono, a pesar de que no me conocía. Si nada menos que un ministro hubiese tenido un lío con él, le hubiese enseñado a ser más discreto, digo yo. Enseguida la aceptación a recibirme en su casa, cuando normalmente hubiese debido pedir antes ciertas garantías. Y luego una aceptación clarísima de sus relaciones anormales con Pleyel, además de enseñarme una foto comprometedora en la que yo ni me había fijado. Hasta me estoy preguntando si no tuvo una conversación telefónica falsa" para dejarme solo y que yo me la llevase.

El director susurró:

—De todos modos, sobre André Pleyel ya se había rumoreado algo.

—Sí... Justo por eso. ¿No habría una campaña que simulara llevarle al suicidio? Y todas esas pruebas, una vez publicadas, ¿no arrojarán una losa de plomo sobre el asunto, dejándolo cerrado para siempre? ¿Quién se atrevería a dudar de que Pleyel se había suicidado por vergüenza? ¿Y quién podría adivinar que eso encubría realmente un sucio asesinato?

El director había palidecido.

—¿Te das cuenta de lo que dices, alemán? —farfulló.

—No soy alemán.

—Bueno, oye, Hans... De todos modos te doy la razón. Este periódico no echará basura sobre el muerto. Guardaremos la foto en un lugar reservado y nos limitaremos a dar la noticia del hallazgo en el Bois de Boulogne. Ya es bastante. Pero, mientras tanto, tú sigue con esto... y procura que no lo siga nadie más.

Hans dijo:

—Bien.

Se sentía cansado, terriblemente cansado.

Puso los pies sobre la mesa, apoyó la cabeza en el respaldo, cerca de

la máquina de escribir, y estuvo a punto de quedarse dormido, pero antes susurró:

—Oiga, «dire», respetable señor: con todos los medios que esté periódico tiene: ¿no sería posible montar un servicio de escucha sobre un teléfono que le voy a dar ahora?

—¿El del *travesti*?

—Yes.

—Oye, Hans, eso es...

—Sí, ya sé: ilegal. ¿Pero va a hacerlo?

—No sé... Dame ese teléfono. Quizá se lo pase a Malsan.

Y añadió en voz baja:

—Malsan es un técnico de mala fama que de vez en cuando se deja caer por aquí, ya sabes... A lo peor organiza un servicio de escucha sin que yo me entere, Y es que entre nosotros y sin que lo sepa nadie: Malsan es un canalla.

Capítulo III

EL amanecer lívido.

El amanecer sucio de París.

La gente que va renegando al trabajo.

Las damas de la noche que se van ya a la cama después de contar el dinero que han ganado trabajando, aunque no sea con el sudor de su frente.

Los periódicos en la calle.

La edición especial de *Le Monde*.

Policías cuyas caras se han vuelto grises corriendo hacia el Bosque de Bolonia.

Y la primera emisión de la radio, la de una pequeña emisora superderechista que titula su programa con estas palabras: «BASURA SOBRE LA ASAMBLEA NACIONAL. BASURA SOBRE EL GOBIERNO. BASURA SOBRE FRANCIA»

Hans se desperezó.

Un rayo de sol le caía sobre la cara.

La redacción estaba sucia, lívida. Parecía una gran habitación donde se ha celebrado una orgía, pero lo peor era que nunca se celebraban orgías allí.

Claro que había mujeres, pero mujeres de limpieza.

Una le dijo a Hans:

—Basta ya de borrachera. Váyase a tomar algo.

Hans susurró:

—Gracias por el consejo, nena.

La «nena», tenía sesenta años y una verruga junto a la boca.

Salió bamboleándose.

Sobre una mesa estaba la edición especial.

Tinta fresca.

El notición.

Hans acarició el papel como si hasta el papel fuese obra suya. Sólo los que se han pasado la vida arrastrándose por las redacciones conocen esa especial emoción, que no tiene sentido en ningún otro sitio, en ninguna otra profesión, en ningún otro nivel del mundo.

Dobló el periódico. Nada de basura en sus páginas. La noticia de la

muerte y nada más. Hans fue a salir.

Y de pronto Malsan.

El buen canalla.

—El «dire» me dijo que montase una escucha —susurró.

—¿Y has podido hacerlo tan pronto?

—Sí, porque con ese tipo de la voz plañidera ha sido fácil. Vive en un sitio aislado, sin interferencias, y he podido organizar la escucha desde mi propio automóvil.

—Bien, pero... ¿por qué has venido a estas horas, Mal— san? ¿Qué pasa?

La cara del técnico se ensombreció. Sus ojos cansados eran ya un poco violáceos. Dijo chasqueando los dedos:

—Teníais razón el «dire» y tú. Mejor dicho, supongo que teníais razón. Ese tipo, el tal Jean, ha recibido una bronca. Le han dicho que en nuestro periódico no salía nada. Por lo visto alguien esperaba que saliese algo, no sé qué. Entonces el tal Jean ha dicho que ya lo arreglaría y que tú eras un cerdo y que no sé cuántos que no sé qué. No te ha llamado marica porque, ¿para qué te iba a llamar eso un tipo como él? Pero de lo demás te ha puesto de todo. Vamos, que se ve que esperaban de ti algo que no has hecho. Seguidamente Jean ha llamado a *Miroir*.

—¿*Miroir*? Pero... pero si es pura prensa amarilla y sensacionalista... Esos publicarán cualquier cosa.

—No olvides que publican sólo cuarenta mil ejemplares, Hans. La gente no les cree.

—Cuando publiquen eso, tirarán más de un millón y la gente les creerá. Es lo que buscan... O sea que esa especie de cerdo-hombre-mujer les va a entregar material para que lo publiquen.

—Sí. Y si no he oído mal, entre ese material figura una copia de la fotografía que tú has traído esta noche.

Hans palideció.

No le correspondía a él defender a un muerto.

Pero sí que le correspondía defender la verdad. O al menos su verdad. Con voz ronca preguntó:

—¿Dónde entregarán ese material? ¿Lo han dicho?

—Claro que sí. En el Vieux Café de la rue Fenelon. Han dicho que a las ocho y media de la mañana.

Hans consultó su Seiko barato.

—Mierda —dijo—, ya casi son...

Y salió disparado.

El Metro.

Sólo los locos usan su coche en París a las horas punta. Pero París está lleno de locos, ya lo sabe usted.

La estación de l'Odeón.

El Barrio Latino.

Librerías que empiezan a abrir. Cafés somnolientos. Estudiantes gritando que la Universidad es una porquería. Y gente que sube por Saint Michel, que dobla por Saint Germain, que va a la Sorbonne, que compra el periódico con la gran noticia.

Le Monde ha tirado casi un millón de ejemplares esta noche, más de cuatro veces su tirada normal.

Pero Hans ya no piensa en eso. Tampoco le van a dar ningún premio. Mañana hasta las ratas se habrán olvidado de él. Dobla por la rué Fenelon.

Le Vieux Café.

Una especie de monumento funerario donde uno puede aún beber absenta y quizá acariciar a una chica por debajo de la mesa. Muchos médicos, abogados y escritores entran a veces en él y sienten que se les humedecen los ojos recordando el tiempo que ya murió. Pero Hans no piensa tampoco en eso. Ve a la chica.

Puñeta. Ya sale.

Ha, estado a punto de ganarle por un minuto.

La reconoce. Es Silvie Blair.

Preciosa.

Perfecta.

Pudo haber vendido su cuerpo a un duque.

Pero ha preferido vender su alma a un periódico que vive del escándalo, de la curiosidad malsana, de la irritación pública. Silvie Blair es ambiciosa. Sabe que los ministros y directores generales la temen. Sabe que algún día tendrá un nombre famoso en toda Francia, y que además todo lo que conoce la convertirá en una mujer intachable. Es eso lo que busca. El dinero vendrá después.

Lástima.

Porque Silvie Blair era una buena periodista. Merecía otra suerte. Otras ambiciones tal vez. Pero a veces la vida nos elige, sin que nosotros elijamos la vida.

Hans pensó:

«De modo que es ella...»

Le habían dado todo el dossier, no cabía duda. Media hora más tarde, *Miroir* estaría trabajando a todo ritmo. Y la basura saldría a la calle unas horas después.

¿Pero cómo?

Hans pensó: «Le hablaré».

Y se puso a seguirla.

Pero hubo mala suerte.

Mala suerte número uno: ella lo notó.

Mala suerte número dos: la estación de Metro de Carrefour de l'Odeon es una de las más complicadas de París, con entradas, salidas, pasadizos, túneles y conexiones para todas partes menos para ir a Atenas. Allí un batallón de ganaderos con banda y música puede despistarse a poca suerte que tenga. Y esa suerte era la que estaba buscando la muchacha.

—¡Silvie!

Como si no le hubiera oído.

Aquello era una persecución.

El pasillo penumbroso.

Los portones automáticos.

«Au delà de ce limite, les billets no son pas valubles.»

La muchacha ya casi corría.

—¡Silvie!

Nada tampoco. La gente que se cruza con ella, que la absorbe y hace que se pierda de vista, Hans que corre y empuja con todas sus fuerzas. Al fin la vuelve a ver. Parece que va a tomar la conexión para la Opera.

Un recodo.

Otro pasillo oscuro.

Nadie.

Sólo el taconeo ansioso de los zapatos de la muchacha.

Quince metros... Doce... ¡Diez!

Ya es suya.

Otro recodo.

Y entonces el grito alucinante.

El cuchillo.

La sangre que salta.

El cuerpo de Silvie Blair contra la pared.

Sus ojos desencajados.

Su boca que no parece humana.

Y todas las entrañas, todos los secretos de su ahora pobre cuerpo.

¡La han abierto en canal!

¡Todo el pasillo es un lago rojo! ¡Hasta sus intestinos están saliendo al aire, como los de una res!

El cuchillo que se mueve otra vez.

Aquellos ojos que escrutan detrás de las gafas. Fijos, quietos, impasibles, como los ojos de un sacerdote que estuviera realizando un sacrificio ritual.

Otra cuchillada,

Y el horror en el aire.

La cara de Hans.

—¡Dios mío!

Y el silencio de pronto. Las baldosas blancas de la pared que se convierten de súbito en un espantoso océano rojo.

Capítulo IV

HANS se dejó caer sobre el asiento, bajo los focos. Mejor dicho, lo hicieron caer.

Eran las doce del mediodía.

Bernier se acercó a él.

Mal bicho el tal Bernier, jefe de uno de los grupos de la Brigada de Costumbres. ¿Pero por qué la Brigada de Costumbres en un caso de asesinato? ¿Por qué Bernier? Hans hizo un violento esfuerzo de concentración, mientras intentaba pensar. Claro... La muerte de André Pleyel, que oficialmente no era aún un crimen, sino un suicidio, se podía deber a sus supuestas relaciones con un bisexual, según la policía. Porque la policía ya debía haber leído todo el ensangrentado paquete con la información que ella había tenido que dejar caer en el pasillo del Metro. Y era lógico que de un asunto así se encargara momentáneamente la Brigada de Costumbres; por eso estaba en la habitación el buenazo de Bernier.

El buenazo de Bernier le escupió a la cara.

—Eh, tú, cerdo —dijo.

Hans no quiso mirarle.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Pasa lo de hace unas horas en el Metro. ¿Te parece poco?

—Sobre eso ya he hecho mi declaración —susurró Hans.

—La he leído.

—¿Y qué? Está claro que yo no maté a Silvie Blair. El enorme machete que emplearon no era mío. No tenía ningún motivo para matarla. No hubiera hecho jamás «eso» con una compañera. Al contrario, si la estaba casi persiguiendo por el Metro era porque quería hablar con ella.

—Ya lo dices en tu declaración —susurró Bernier, sentándose ante él, a horcajadas, sobre una silla.

—¿Y no es bastante?

—No lo sé.

—Pues si no lo sabe usted, Bernier, ya me dirá qué hacemos. Por cierto... Hablando de hacer... Supongo que han leído todos los papeles y han visto la fotografía que llevaba Silvie.

—Sólo había un papel —dijo el policía—. Era una información

resumida, pero con datos y fechas. Es decir, una información muy fiable, de esas que difícilmente se pueden atacar aunque a uno le molestan. ¿Pero cómo sabes tú que tenía que haber una fotografía?

—Porque la vi.

—¿Dónde la viste?

Hans pidió un cigarrillo y se lo dieron. Tenía los labios' apretados y secos. El cigarrillo le supo mal. Tuvo que lanzarlo mientras cerraba los ojos.

Y decidió decir la verdad.

Era mejor.

De todos modos, si él no hablaba, los de la bofia también acabarían averiguando lo que les hiciera falta.

—Yo estaba citado con André Pleyel... —comenzó.

Y lo dijo todo. El hecho de haber descubierto el cadáver. Su transgresión de la ley al sacarlo del estanque. Su segunda transgresión de la ley al registrarlo. Las gestiones que había hecho para encontrar al *travesti* Jean.

Bernier le escuchaba en silencio.

—Sigue.

—Yo no sé si Pleyel había tenido con él alguna relación de tipo equívoco —murmuró Hans—, pero creo que no. Todo me dio desde el principio la sensación de... de ser demasiado fácil, de estar preparado para convencerme. Fue también lo que le dije al director. Y de común acuerdo decidimos no publicar nada de eso por dos razones: porque no estaba confirmado y porque era arrojar basura sobre un muerto.

—Muy elogiable —dijo Bernier, con la cara indiferente del que está hablando de la lluvia—. Y supongo que fuiste detrás de Silvie para que los de *Miroir* no lo publicasen, ¿verdad? Te convertiste un poco en quijote y defensor de un hombre que ya estaba muerto. Pero, ¿quién le dio esa información a Silvie?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Fue alguien que estuvo con ella en el Vieux Café, pero Silvie, desgraciadamente, ya no puede explicar quién es.

—Tal vez nos lo explique el camarero —susurró Bernier—. Supongo que aún estará vivo si no ha tomado ninguna bebida del bar.

E hizo una serla a uno de sus agentes.

—Tú, Sorel, ve volando allí. Que los del bar te expliquen hasta lo que llevaba en la cartera el tipo que estuvo con esa chica. No quiero ni un fallo.

—Bien.

Sorel salió disparado.

Bernier volvió a escupir, pero esta vez tuvo la cortesía de hacerlo al suelo.

—¿Cómo supiste que a Silvie Blair le habían pasado esa información y el sitio en que iban a pasársela? —preguntó.

—Cometí otra infracción legal.

—Vaya... Estás en plan Landrú, chico. Menuda marcha llevas.

—Hice intervenir el teléfono del *travesti*.

—¿Tú o el periódico?

—Yo.

—Se ve que no quieres comprometer a nadie... Bueno, es igual. Y por eso te enteraste de la cita en el Vieux Café, ¿no? ¿Pero quién llamó al *travesti*? ¿Llegasteis a grabar la conversación?

—No.

—¿Por qué?

—El técnico no tuvo tiempo de conectar su magnetófono. Todo fue muy rápido y muy elemental. Hubo de hacerlo sobre la marcha.

—Pero Jean sí que sabrá quién le llamó...

—Hombre, por supuesto.

Bernier hizo otra seña.

—Tú, Cot, tráeme al pájaro —ordenó Bernier.

—¿A Jean?

—Sí. Y enseguida.

Cot salió.

—A este paso nos vamos a quedar solos, Bernier —susurró Hans.

—No te preocupes; pronto va a haber aquí más gente que en una orquesta. Pero no es eso exactamente lo que me preocupa. Lo que quiero saber es otra cosa.

—¿Puedo beber algo?

—No.

—¿Qué quiere saber, Bernier?

—Una cosa muy sencilla. Y quiero que la respuesta sea concreta del todo. Tú viste al que mató a Silvie.

Hans desvió un momento la mirada. Sus dedos habían sufrido una leve contracción. Musitó:

—No, no lo vi.

—¿Cómo que no? Tú estabas allí mismo.

—¿Piensa que estaba delante del asesino? No tanto, Bernier. Aquello ocurrió en un recodo. No vi al hombre del machete porque estaba sólo obsesionado por la chica. No sé si se hará cargo, pero nunca había visto una cosa igual. Tardé unos segundos en reaccionar, y eso fue suficiente. Cuando por fin doblé el recodo, sólo pude distinguir la espalda de un hombre que huía.

Bernier hizo un gesto negativo. Estaba claro que no le creía. Mientras encendía un cigarrillo, murmuró:

—No ganarás nada con ocultarlo, Hans.

—¿Y qué iba a ganar?

—Por ejemplo, una exclusiva en tu periódico. Dar la información antes de que la policía lo sepa. Pero ésa sería una idiotez que nadie te iba a agradecer, porque *Le Monde* no es un diario sensacionalista y esas cosas no las aprecian sus lectores. En segundo lugar, te haré procesar por obstrucción a la justicia. Elige.

Hans le miró directamente por primera vez. Intentó que en sus labios, flotara una sonrisa de confianza.

—Lo siento —dijo—. Qué más quisiera yo... No llegué a verlo.

—De nada te va a servir una mentira, Hans. Al contrario, la pagarás.

—Si quiere que le describa la espalda de aquel hombre, puedo hacerlo, Bernier. Es todo lo que sé.

—De acuerdo, pero pagarás esto, Hans. Ahora vas a repetir palabra por palabra la declaración, para que se redacte el atestado. No necesito decirte que a partir de este momento puedes designar un leguleyo para que te asista, o en caso contrario se te designará de oficio. También puedes negarte a repetir tus palabras, pero no te lo aconsejo. Mi sistema es no redactar el atestado hasta la segunda declaración, pero lo que has dicho hasta ahora ha sido grabado en cinta. Decide.

—Quiere ver si me contradigo, ¿verdad, Bernier?

—Cada uno tiene su táctica. ¿Tienes abogado o te lo designamos nosotros? Podemos llamar al Colegio de Abogados y solicitar alguno de los que tienen hoy turno de oficio.

—Desígnenlo ustedes, Bernier.

—De acuerdo... —hizo una seña a otro de sus hombres, para que telefonease—. Puede que tarde media hora en llegar. Descansa un rato, Hans. Y piensa bien en lo que te conviene; si hoy te falla la inteligencia, puede que lo estés lamentando durante más de cinco años entre los muros de la Santé.

Y él mismo fue a buscar algo de beber para los dos. De pronto parecía haberse humanizado un poco, aunque sus facciones estaban contraídas. Volvió al cabo de cinco minutos con dos tónicas.

Y fue entonces cuando telefoneó uno de sus hombres. El que había salido antes a buscar a Jean.

—No está en su casa —masculló—. No le han visto en ninguna parte, ni en el espectáculo ni en su casa..., ¡el marica se ha dado el piro!

—¿De qué forma?

—No lo sé —gruñó el agente—. No sé si vestido de hombre o de mujer.

—Se habrá largado vestido de bombero —dijo sombríamente

Bernier.

Y colgó.

Capítulo V

FUE una sorpresa ver entrar a la mujer. Su aparición en un escenario hubiese hecho tensar el cuello a los espectadores, pero en aquel sombrío despacho de la Brigada de Costumbres su presencia produjo un murmullo de estupor. Todos los hombres que estaban allí, incluido Hans, volvieron la cabeza, Bernier hizo un gesto de incredulidad.

—A las cortesanas de lujo no las dejamos entrar aquí —murmuró—. ¿Dónde te han detenido, nena? ¿En la barra del Lido? ¿Armabas jaleo? Hala, fuera de aquí. Ya te llamaremos.

La chica tomó asiento tranquilamente en una de las sillas y cruzó las piernas. Tenía una cintura cimbreante y unas caderas que ondulaban. Sus senos eran potentes, su cuello largo, su piel joven y sedosa. Tenía una boca un poco grande, sana, algo viciosa. No era la boca de una ingenua, era la de una experta en el amor. Y, sin embargo, había en ella algo de intelectual, de grave. Si se trataba de una cortesana, era la cortesana más extraña que jamás había puesto los pies en la Brigada de Costumbres de París.

—No necesito que me llamen. Lo han hecho ya —musitó la recién llegada—. Soy la abogado Marty.

—Demonios... Perdone, nunca la había visto por aquí.

—Hace poco que ejerzo. Es la tercera vez que me corresponde turno de oficio para un asunto de esta clase, pero en las otras ocasiones ha sido en Homicidios. ¿Quién es mi cliente?

—Este que ve aquí.

Ella apenas le miró. Tenía una expresión lejana y distraída. Bernier hizo un gesto al detenido como diciendo: «Has hecho mal en acudir al turno de oficio, amigo. Te ha caído una que no sabe nada...»

La muchacha —que debía tener unos veinticinco años— dejó una tarjeta en la mesa del inspector. Este susurró:

—Lorena Marty. Muy bien... Su cliente está dispuesto a declarar. Puede empezar cuando quiera.

Hans empezó. No varió apenas una palabra en relación con su anterior relato. Dijo todo lo que había dicho antes, sin que su abogado pidiese más que un par de aclaraciones sin importancia. Luego Hans la miró.

—¿Puedo firmar el atestado? —preguntó.

—No hay inconveniente. ¿Usted qué piensa, Bernier?

—Pienso que su cliente ha mentido. Voy a detenerle por obstrucción a la justicia.

—¿Qué pruebas tiene de que ha mentido? ¿No ha pensado que usted hará el ridículo porque el juez le pondrá en libertad esta misma noche? ¿Y que mañana puede desatarse sobre esto una campaña de Prensa?

Lo de la campaña de Prensa fue lo único que interesó un poco a Bernier. Fue a otra mesa y habló por teléfono en voz muy baja, sin que se oyera ninguna de sus palabras desde los otros ángulos de la habitación. Sin duda estaba pidiendo instrucciones al jefe de la brigada. Al fin se volvió hacia Hans.

—Puedes firmar —dijo—. Y lárgate. Pero no te muevas de París y estáte preparado por si te llamamos en cualquier momento.

Hans arrojó el cigarrillo que estaba fumando, dirigió a todo aquello una mirada cansada y salió. No volvió en cierto modo a la realidad hasta que oyó aquel brusco taconeo a su espalda.

Porque la chica llevaba tacones altos, verdaderos tacones de *vedette* que hacían todavía más seductoras sus piernas.

—En fin, ha habido suerte —dijo Lorena Marty.

Quizá hasta aquel momento no se había dado cuenta Hans de lo bonita que era. Como si bruscamente volviese a la vida la miró de una forma distinta, de la forma que se mira a una mujer. Y había allí tantas cosas que mirar que sus ojos tuvieron un relampagueo.

—Digo que ha habido suerte —repitió Lorena—. Pensaba que Bernier le iba a detener de todos modos.

—¿Usted también cree que he mentido?

—Con franqueza, sí.

—¿Por qué?

—Conozco aquel sector del Metro de París —dijo ella, caminando a su lado—. ¿Quién no lo conoce? Y a pesar de que, en efecto, hay un recodo, usted debió ver al asesino mientras acuchillaba a Silvie Blair. En fin, no soy yo la que debe acusarle, sino todo lo contrario. De momento está libre, ¿no? Pues ha terminado mi trabajo, a menos que se les ocurra procesarle.

Pero a pesar de que su trabajo, en teoría, había terminado, la opulenta muchacha no se fue.

Anduvo junto a Hans, por la calle llena de luz, aquella calle donde los crímenes parecían imposibles, mientras susurraba:

—Hay algo que me extraña más, de todos modos. Un periodista de *Le Monde* no se muere de hambre. Además en su periódico tendrán abogados. ¿Por qué ha pedido que le atendiera uno del turno de oficio?

—Quizá es que no quería molestar a ninguna de mis amistades en este sucio asunto —dijo Hans.

—¿Sucio asunto?

—Sí. La muerte del ministro Pleyel será un verdadero acontecimiento nacional. Yo estoy hundido en ese mejunje por casualidad y no quiero que se hunda también ninguno de mis amigos. Quizá por eso he confiado en una persona desconocida, sin saber, por supuesto, que esa persona desconocida iba a ser usted. De todos modos pienso pagarle. No he recurrido al turno de oficio por ahorrarme unos francos.

Y le pasó un billete de cien.

La abogado susurró:

—Mis honorarios son sólo cincuenta.

—Lástima.

—¿Por qué?

—Usted ganaría muchísimo más dinero en los Campos Elíseos. Chicas que no le llegan ni a la rodilla cobran quinientos por menos tiempo del que ha empleado usted, a la salida de los cabarets.

—No soy una fulana —dijo Lorena, sin ofenderse.

—Por eso digo que es una lástima. Cincuenta francos por toda una mañana perdida son una miseria.

—Bueno... Tampoco soy una abogado de postín. Y eso es lo que cobro.

—¿Por qué no me acepta cien?

—Se los acepto de momento. Pero le devolveré el cambio.

Hans dijo con indiferencia:

—Bien.

Y fue a parar un taxi.

Ella le detuvo de pronto.

Susurró mirándole fijamente:

—Oiga, me decepciona usted.

—¿Por qué?

—Los hombres se suelen portar conmigo de otra manera.

—¿En qué sentido?

—Cada vez que a un hombre le debo cincuenta francos, propone enseguida perdonármelos a cambio de un simple pellizco.

—Un pellizco... ¿dónde?

Ella casi se volvió de espaldas,

Había que ver la de cosas que tenía en la retaguardia. Paraba el tráfico.

Con voz ingenua preguntó:

—¿No lo adivina?

Pero Hans ya no podía contestarle.

Se había largado.

Ella puso los brazos en jarras y gritó:

—Oiga... ¡Que la vida está muy mal! ¡Me lo dejo hacer por cuarenta francos! ¡Oiga! .

* * *

Hans llamó al periódico desde un bar.

Dijo que la policía le había retenido durante horas. Pero que seguiría trabajando.

Ante el aparato de televisión del local se había formado un numeroso grupo. Había tenido razón Hans al decir que la muerte de André Pleyel significaría una verdadera conmoción. Los periódicos de la tarde se estaban agotando en un momento. Había refuerzos de policía —eso lo notaba cualquiera— en muchas esquinas de París. El gabinete del primer ministro Barre se había reunido para buscarle enseguida a Pleyel un sustituto.

La radio ya adelantaba un nombre. Hans lo oyó mientras conducía su coche hacia las afueras de la capital. El sustituto de Pleyel sería sin duda Lacroix, que pertenecía al mismo partido gaullista.

Pero aquello no importaba al hombre taciturno que conducía sin mirar a ninguna parte fuera de la ruta. Lacroix... Bueno, ¿y qué? Lo mismo importaba ése que otro. En cambio importaba la muerte de Pleyel, en cambio importaban las imágenes que Hans tenía metidas como una pesadilla en el fondo de su cerebro.

Intentó ordenar sus pensamientos. En realidad estaba conduciendo su «Simca 1200» al azar sólo para eso, para poder pensar. Pero no empezó a conseguirlo hasta encontrarse en el Bulevar Periférico, cerca de la Puerta de Versalles. Estaba anocheciendo y otra vez París cambiaba de imagen, pero para Hans era una imagen siniestra.

Pudo ordenar al fin sus ideas, haciendo un esfuerzo.

Idea número uno: el *travesti* Jean había desaparecido.

Seguro que la policía le buscaba, pero la policía podía tardar en encontrarlo porque estaría siguiendo pistas rutinarias hasta llegar por eliminación a la pista verdadera. Hans entrecerró los ojos e intentó ver otra vez el camerino donde habían hablado, los papeles que había en él, los cuadros de las paredes, los recortes de Prensa, las fotos... Nada de aquello le servía, nada podía conducirle a ningún sitio. A menos que...

Fue al parar delante de un semáforo cuando lo recordó. Era como si lo estuviese viendo otra vez, como si sus ojos pasearan de nuevo por el tocador del *travesti*. Había allí numerosas fotos, una de ellas la que le había dado, la foto en que Pleyel y el bisexual aparecían tomando juntos una copa. Y todas estaban hechas por el mismo profesional, por un hombre llamado Ginsburg. El tal Ginsburg pasaba por ser el mejor fotógrafo de desnudos masculinos que había en Francia.

Hans se preguntó si ya la policía estaría siguiendo aquella pista. Y calculó que aún no, pese al tiempo transcurrido. Era muy posible que no se les hubiera ocurrido pensar en eso.

Por lo tanto se detuvo ante una cabina telefónica, llamó al periódico y pidió la dirección de Ginsburg. Cuando se la hubieron dado, reanudó su marcha.

Tenía que ir a la vieja rué des Archives, en un extremo de París.

Había anochecido ya del todo.

Las calles de los suburbios empezaban a estar solitarias. Hans no había comido en todo el día, pero no se acordaba de eso. Solamente notó, como único síntoma de que las cosas no iban bien, unos zumbidos en las sienes al detenerse ante la casa de dos pisos en que tenía su estudio Ginsburg.

Le abrió una especie de guardaespaldas.

Al guardaespaldas sólo le faltaba ladrar.

Le dijo a Hans que Ginsburg no estaba.

Hans insistió. Le preguntó cuándo iba a volver.

El guardaespaldas dijo que no lo sabía.

Hans le rogó que se acordase.

El guardaespaldas se acordó, pero de la madre de Hans.

Movió los dos puños.

Pero lo hizo con un exceso de confianza. Debía estar acostumbrado a que la gente huyese sólo al oír sus ladridos.

Descuidó la guardia.

Y de pronto sintió aquello en el estómago.

No se dio cuenta de que era un gancho de los que por poco no le salen a uno por la espalda. Tuvo la sensación de que le habían alcanzado con una barra de hierro. Se inclinó jadeando.

Y dejó al descubierto la mandíbula.

Demasiado fácil para un buen pegador, aunque ese buen pegador no haya comido nada en todo el día.

¡CHASK!

El guardaespaldas giró sobre sí mismo.

Tenía los ojos en blanco.

Si en otro tiempo fue boxeador, debió ser de los que llaman «mandíbula de cristal». No resistió más que un gancho. Cayó de bruces casi en el momento en que Hans pasaba por encima suyo.

Vio una puerta entreabierta, más allá de la cual se distinguía la luz concentrada de los focos.

La abrió de un puntapié.

Vio a los tíos desnudos.

Posturistas.

¡Qué monos!

—Pichones —dijo Hans.

Ginsburg, que iba pintado como una mujer, debía ser un buen amigo de sus amigos. Intentó proteger a los tórtolos a los que estaba fotografiando, creyendo que el intruso iba a darles una paliza. Pero Hans se limitó a mentir.

—¡Policía! —gritó—. ¡Jean ha venido aquí!

—Le juro que... que ya se ha ido —balbució Ginsburg.

—¿Adónde?

—35 de la rué Lacoste. Pero oiga... El no ha hecho nada malo...

Cuando el fotógrafo reaccionó, dándose cuenta de que se había dejado cazar por sorpresa, Hans ya estaba saliendo a toda velocidad. Ginsburg empezó a maldecir. Señaló la puerta a los dos maricas.

—¡Perseguidle! —gritó.

—¿Así? ¿En porretas?

—¡Malditos seáis! ¡Siempre estáis desnudos! —aulló Ginsburg.

Hans estaba ya en la calle, pero antes había tomado una precaución: cortar el cable del teléfono que entraba por el vestíbulo. Unos metros más allá cometió otra ilegalidad al hacer lo propio con el de la única cabina telefónica que había en las cercanías. Inmediatamente salió a toda velocidad hacia la rué Lacoste, confiando en que Ginsburg no tendría tiempo de avisar a su pocho por teléfono.

La rué Lacoste caía detrás del cementerio de Le Père Lachaise.

Buen sitio, sobre todo de noche.

Pero Hans nunca había creído en los muertos tanto como esta maldita noche. Buscó la casa número 36. Era un edificio de dos plantas, casi ruinoso, seguramente el más viejo de la calle. Después de dejar el «Simca» a poca distancia, el intruso se acercó a la puerta.

Estaba entornada.

La empujó.

Mal hecho.

El ladrido de la pistola fue casi simultáneo con la sensación de vértigo. Se dio cuenta de que la bala le había rozado la cabeza y de que estaba vivo por verdadero milagro. Bruscamente, en facciones de segundo, se lanzó al suelo, pero ya hacia el interior de la casa, mientras sonaba una segunda detonación.

La bala pasó por el centro de la puerta, donde antes estaba su cuerpo.

Dentro todo eran tinieblas.

Pero Hans, al lanzarse al interior con todas sus fuerzas, había chocado con los pies de un hombre. A lo que él hizo mucha gente lo llamaría «retroceder hacia adelante», porque cuando estás perdido no

tienes más remedio que atacar. Pero Hans no pensaba en eso; realmente no pensaba en nada. Su cerebro estaba en blanco y sus músculos funcionaban por puro instinto. Hizo un placaje sobre aquellas piernas, golpeó a su enemigo detrás de las rodillas y lo hizo caer.

Todo estaba ocurriendo vertiginosamente.

Y en silencio.

Parecía una lucha de serpientes.

El hombre situado ante la puerta no había podido disparar otra vez. La sorpresa era superior a él. Cuando pensaba que su enemigo había caído muerto... ¡el enemigo atacaba! Lanzo un gruñido e intentó girar la pistola, pero ya era demasiado tarde. Hans veía confusamente su cabeza y descargó en ella alternativamente sus dos manos abiertas. Los cantos de éstas, como si fueran dos perfiles de acero, le destrozaron la nuca. El hombre cayó pesadamente mientras lanzaba un gruñido.

Hans se estaba habituando rápidamente a la penumbra, quizá porque no tenía otro remedio si quería seguir vivo. Jamás se había sentido dominado por una tensión semejante. Tendió las manos hacia el brillo de la pistola caída en tierra.

Buen petardo para enviarlo a la eternidad. Se palpó la cabeza y notó entre el pelo una línea de sangre, pero comprendió que no tenía importancia. Se había recuperado ya del vértigo causado por el roce de la bala. Tomó el arma, la remitió entre su camisa y el pantalón y se dispuso a ponerse en pie para seguir adelante.

Para eso necesitó apoyar la mano en el suelo, detrás de su cuerpo, a fin de tomar un poco de impulso.

Y entonces tocó algo que no era el suelo.

Era más bien todo lo contrario.

Un muslo torneado, duro y sólido.

El final de una fina media.

El tirante de un liguero.

El borde de una falda.

Hans se dio cuenta de que estaba quedando sin respiración.

Miró hacia atrás con sus ojos ya habituados a la penumbra. Y entonces balbució, con una voz que no parecía la suya:

—¡Infiernos! Lorena Marty... ¿Pero qué haces aquí? ¿De dónde infiernos has salido?

Y la joven abogado respondió:

—Te debo cincuenta francos...

Capítulo VI

MUCHAS cosas le habían ocurrido a Hans desde que acudió a la cita en el Bois de Boulogne, pero ésta fue quizá la más inesperada. Encontrar allí a la que podía llamar «su» abogado le pareció una especie de alucinación. Incluso llegó a olvidarse del peligro que corría para musitar:

—¿Cincuenta francos?

—¿Es que no te acuerdas?

—¿Pero vas a decirme que por eso me... me has seguido hasta aquí?

—¿Y qué quieres que haga? No tengo otro cliente.

—Oye, esto es... es...

—Es puro instinto profesional. Teniendo en cuenta la cantidad de líos en que te metes, si te he de sacar de todos ellos me forro. Estaré cobrando hasta el año dos mil.

—¿Pero es que me has seguido durante todo el día?

—Supongamos que sí.

—No es posible. Ni los controles de la policía, sustituyendo unos coches a otros, hubiesen podido hacerlo —murmuró Hans.

—Para mí no ha sido tan difícil. Has conducido a muy poca velocidad, con una cantidad enorme de vacilaciones. Y no te fijabas en nada.

—Eso es cierto, pero... ¡infiernos, lárgate de aquí!

—¿Por qué he de hacerlo? Aún no te he devuelto el cambio.

—¡Estamos locos los dos! ¡Fuera!

Ella no se movió. O estaba muy asustada y se sentía incapaz de moverse, o era la mujer más terca con la que el periodista se había enfrentado jamás. Y, de una forma confusa, comprendió que en esas condiciones lo mejor era dejar de pensar en su existencia. Otras cosas más importantes estaban sucediendo.

Por ejemplo lo de Jean. ¿Dónde se había metido? ¿Era aquel realmente su refugio? ¿Qué pintaba entonces en la casa el buitre de la «Luger»?

Lorena susurró.

—¿Oyes?

—¿Qué?

—Rumor de agua.

—Sí, es verdad... En el piso de arriba. Como si se estuviese desbordando una bañera. Tienes razón.

Y Hans se desplazó hacia allí. No se dio cuenta hasta unos segundos después de que ella le seguía. Tropezó con unas escaleras.

El rumor seguía oyéndose. Parecía llenar todo el pequeño piso superior. Se dieron cuenta entonces de que el agua ya resbalaba peldaños abajo.

Una lucecita de pocos vatios brillaba arriba, cerca del descansillo.

Y a su luz espectral lo distinguieron todo. Jean estaba metido en una sucia bañera cuya agua desbordaba por todas partes, porque los grifos estaban abiertos. Iba completamente desnudo y tenía la cabeza ya debajo del líquido, pero eso importaba poco. No debía notarlo desde el momento en que toda la sangre se le había escapado por los dos profundos cortes de sus venas.

Los dos se detuvieron en la puerta, como si no lo creyeran. Durante unos segundos sólo se captó el sonido del agua rompiendo aquel silencio maléfico.

—Un suicidio muy clásico —dijo Lorena Marty al fin—. Eso de abrirse las venas en la bañera me recuerda a algún personaje histórico.

—¿Abrírselas él?

La mujer le miró con asombro.

—¿Qué piensas? —farfulló.

—¿Y qué piensas tú? ¿Que lo del ministro Pleyel también fue un suicidio? ¿Que de pronto media Francia se ha propuesto quitarse de en medio para no pagar impuestos?

—No tengo idea, Hans. Hace pocas horas yo no estaba metida en esto.

—Pues ahora ya estás metida hasta el... el... Bueno, iba a decir una barbaridad. Metida hasta un sitio que tú sabes.

—El cogote —dijo ella.

—¿A qué escuela has ido? No era el cogote precisamente, nena.

Y Hans, sin esperar respuesta, se dedicó a registrar las escasas habitaciones que había allí. Por las fotografías de las paredes y el ambiente general pudo deducir que se trataba de la casa de algún bisexual no demasiado limpio. Quizá el bisexual estaba fuera, pero las llaves podían muy bien tenerlas unos cuantos amigos. Quizá Jean había sido uno de ellos, pero ¿y los otros?

¿Y los que lo habían matado?

¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban?

No entendía nada.

Lorena susurró.

—¿Quién es el de abajo?

—Lo sabremos pronto.

Por un momento se olvidaron de Jean para dirigirse a la planta inferior. Hans cerró la puerta para que no le viesan desde la calle, encendió una luz y echó un vistazo al muerto. Era un joven de unos veinticinco años, rubio, atlético, con una expresión de dureza y obstinación en el rostro que la muerte no había conseguido borrar. Tenía la cabeza caída a un lado de una forma extraña, señal evidente de que su nuca había sido rota por los dos golpes de Hans, propinados con los cantos de las manos.

Ella susurró con asombro:

—¿Dónde aprendiste a... a hacer eso?

—Alguien lo hizo delante de mí.

—¿Cuándo?

—Hace muchos años.

—¿Y te convertiste también en... en una especie de asesino?

—El hombre a quien se lo vi hacer lo era.

—No lo entiendo... ¿Es que tú has vivido con asesinos?

—Durante una temporada sí.

—¿Dónde?

—En Sudamérica.

—En Sudamérica... ¿qué cosa tan extraña! ¿Y cuándo fue eso?

El movió la cabeza con un gesto de obstinación. Hasta entonces había contestado maquinalmente, como si no pensara bien lo que decía. Pero de pronto reaccionó, saliendo de una especie de sueño. Dijo sin mirarla:

—Yo era sólo un niño.

—Hans, todo esto no acaba de tener sentido, pero... pero vámonos de aquí. Hay que avisar a la policía.

—No les hará gracia verme metido en otro crimen.

—Bueno, no tienes que preocuparte demasiado por eso. Estás junto a tu abogado.

—Pues voy aviado, muñeca.

—Hasta ahora no te ha salido tan mal.

Hans no dirigió ni una mirada a lo que dejaba atrás. Palpó suavemente la culata de la pistola y dijo:

—Vamos.

Salieron a la calle. Todo estaba solitario. Los dos coches se encontraban uno cerca de otro, rodeados por la penumbra y el silencio. El de la joven abogado no era un cacharro cualquiera; era un magnífico «Porsche» negro.

—¿Tanto dinero ganas? —preguntó él.

—No es mío; es de mi jefe.

—¿Trabajas con un abogado rico?

—Con Blanchot.

—No lo conozco.

—Pues es extraño, porque su nombre suena. Me suele dejar el coche de vez en cuando.

—¿Te acuestas con él?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Es una sensación que tengo. Coche de lujo, mujer de lujo.

—Pues te equivocas. Blanchot tiene las suficientes chicas para no necesitar ocuparse de mí. Y los suficientes coches para no controlarlos todos. Vamos en el mío, si quieres. Hay una cabina de teléfonos aquí cerca y podemos llamar. O quizá desde cualquier bar que esté abierto.

Le entregó las llaves, pidiéndole sin palabras que condujese él. De pronto parecía terriblemente cansada, terriblemente abatida. Mientras estaban en el interior del bólido, antes de ponerlo en marcha, él susurró;

—Lo de Pleyel no fue un suicidio. Lo envenenaron.

—¿Y por qué habían de hacer eso?

—No lo sé, pero en cambio sé otra cosa: intentaron convencer a todo el mundo del suicidio ofreciendo al público una explicación. André Pleyel se había quitado la vida porque estaba liado hasta el cuello con un *travesti* y el *travesti* había empezado a chantajearle o a hacer imprudencias, de tal modo que la cosa podía llegar a saberla toda Francia. Resultaba en cierto modo lógico que un ministro como Pleyel se suicidase. Y ésa fue la historia que todo el mundo tenía que creer.

—Pero que no era cierta...

—Claro que no era cierta. Todo estaba montado para que no fallase, pero en ese caso les fallé yo. Verás: *ellos*, quienes sean, se habían enterado de que yo iba a encontrarme con Pleyel. Combinaron la hora y el lugar del «suicidio» para que yo descubriese el cadáver. Sabían que obraría como en efecto obré: sacando el muerto del agua y registrándolo. Normalmente revisaría las direcciones de su agenda, y en efecto lo hice. Estaba claro que acabaría dando con Jean.

—Y Jean tenía que confirmarte que, en efecto, estaban liados...

—Sí. Jean procuró darme esa impresión de la forma más discreta pero también más directa que pudo. Hizo que me llevase una foto que, bien mirada, no era comprometedor y que debía corresponder a una simple amistad limpia entre los dos hombres, pero que encajaba muy bien en el «argumento» del drama. Lo que esperaban era que a mí me faltase tiempo para publicar el notición.

—Pero no lo has hecho. En eso les fallaste, ¿verdad?

—Sí. Me guardé para mí mismo esa noticia por razones que no hace falta que explique otra vez. Entonces el plan que tenían trazado se

empezó a desmoronar. En cuanto vieron que en *Le Monde* no aparecía el reportaje que habían esperado, se dieron cuenta de que la tesis del suicidio se tambaleaba. Por lo tanto buscaron inmediatamente otros caminos. Ya que *Le Monde* no publicaba nada por ser un diario demasiado serio, *Miroir*, que de serio no tiene nada, lo publicaría con mucho gusto.

—Y llamaron a Silvie Blair...

—Exacto. La citaron en el Vieux Café, pero Silvie ya no podrá decir con quién habló. Me temo que el camarero no pueda decir gran cosa tampoco. Seguro que se entrevistó con Silvie un simple mensajero que no habrá dejado rastro. Pero a continuación tuvieron miedo de que Jean, al fin y al cabo un pobre hombre, se asustara o se fuese de la lengua. Es muy posible que el *travesti* les dijese que ese juego era demasiado peligroso para él. Le ofrecieron un refugio donde había de estar seguro, y lo trajeron a esa casa de la que acabamos de salir. En realidad lo que querían era que la policía no le interrogara. Ahí lo han liquidado y... y yo me he enfrentado con el asesino cuando iba a salir. Tenía que ser el hombre de la «Luger».

Hans puso maquinalmente el motor en marcha, pero no tocó el cambio y no arrancó. Notó que la mandíbula de Lorena temblaba levemente. En la oscuridad del coche, ella, preguntó:

—Pero a Silvie también le mataron... Fue quizá el asesinato más sangriento que se ha registrado en el Metro de París. ¿Quién lo hizo?

—Alguien que quería evitar que se publicase esa mentira sobre Pleyel.

—O sea alguien que realmente quería lo mismo que tú...

—Sí.

—¿Pero quién es? Pudiste verlo...

El negó obstinadamente.

—No, no lo vi.

—Hans, estás... estás comprometéndote a ti mismo. Conmigo no hace falta que mientas. El que hizo eso resulta que... que te ayudó.

—¿Cómo va a ayudarme el que mata a una chica que empieza a vivir? Simplemente, en ese momento, y por las circunstancias que fueran, querían lo mismo que yo, pero eso es todo. Y lo resolvió según sus métodos, unos métodos que yo no he practicado jamás. Repito que eso es todo.

Ella se mordió el labio inferior.

—Oye, Hans —musitó—, a veces una oye decir que en Francia hay... ¿cómo se llama eso?.. Ah, sí... Policías paralelas. Gente que depende del Gobierno pero de la que el Gobierno nunca sabe nada. Gente que comete sucios crímenes si hace falta. El caso Ben Barka fue el ejemplo más claro. Lo recordamos todos¹.

—¿Y qué?

—Imaginemos que alguien quería mucho a Pleyel. Me estoy refiriendo a alguien que ocupa también un alto cargo político.

—¿Quién?

—Uno de sus grandes amigos tal vez. Según todos los indicios, el que va a sustituirle en el cargo: Lacroix. E imagina que Lacroix no quiere ni que se ofenda la memoria de su ex jefe ni que a él le alcancen las salpicaduras, puesto que seguramente al cabo de dos días él estará ocupando el mismo sillón ministerial. ¿Sería tan extraño que hubiese ordenado a uno de sus agentes «secretos» que evitara por cualquier medio la difusión de una noticia tan sucia?

—Si yo sospechara que las cosas han ocurrido así te lo diría —murmuró Hans mirando al vacío.

—No, no me lo dirías.

—¿Por qué?

—Porque tú tampoco quieres comprometer a Lacroix. Tu periódico es un periódico demasiado serio, tú me lo has dicho. No quiere sacar los trapos sucios de nadie, y mucho menos los trapos sucios del poder.

El no contestó. Simplemente negó con la cabeza, siempre mirando al vacío. Luego dijo en voz baja:

—Más te valdría pensar en otra cosa, Lorena.

—¿En qué?

—Si han matado a Jean porque estorbaba, también estorbamos nosotros.

—¿Quieres decir qué?..

—Quiero decir que más vale que nos larguemos cuanto antes de esta zona, muñeca. Si vuelven los amigos del pájaro al que he matado vamos a tener un buen lío y creo que...

De pronto su voz se quebró.

Sus ojos se habían desenchajado.

Y mientras todo su cuerpo se desplomaba hacia adelante aulló.

—¡Infiernos!..

Capítulo VII

CUANDO vio el brillo del *bazooka* en la esquina, ya estaba en camino la muerte. El dedo se cerraba sobre el disparador. Si Hans no llega a tener en marcha el «Porsche» > >, se va al otro mundo convertido en pedazos y sin darse cuenta de nada.

Pero la derecha sobre el cambio de marchas y el pie en el embrague le permitieron hacer un movimiento maquinal, casi automático, cuando el proyectil salía de la boca del cañón: El prodigioso vehículo dio un salto de animal salvaje y se desplazó cosa de un metro y medio. No hubo tiempo para más. La granada, que iba a alcanzar al coche en la parte posterior, en el depósito de gasolina, rozó el capó posterior y estalló en la casa que estaba un poco más allá, alzando en ella una espectacular bola de fuego. El estruendo tuvo que oírse hasta en el fondo de las tumbas del cercano cementerio, pero el «Porsche» pudo seguir sin haber sido alcanzado, mientras su motor rugía.

El otro coche salió entonces de la esquina, rugiendo también. Por el retrovisor pudo verlo Hans unos segundos. Era un «Peugeot 604», un monstruo de seis cilindros, una máquina perfecta que disputa la supremacía continental de los grandes *rouliers* al «Mercedes», al «BMW» y al «Fiat 130». Si algún vehículo podía alcanzar al «Porsche», era precisamente el que ahora se les echaba encima.

Y Hans sabía que no iba a poder plantearle batalla. El sólo disponía de una «Luger», mientras que los otros, sin duda, llevaban a bordo metralletas y quizá un nuevo *bazooka*. La única cosa que podía confiar Hans era en su velocidad.

Dobló como un rayo para encontrarse en una calle larga, penumbrosa, triste. De una forma confusa se dio cuenta de que era la Rue Belgrand. Pisó gas a fondo, mientras las ruedas chirriaban estruendosamente, y dobló hacia el bulevar Mortier, en dirección al Bois de Vincennes. Igual que en un chispazo, creyó distinguir a su derecha la torre iluminada de la iglesia de Saint Germain. Un camión «TIR» con remolque se le echó encima mientras Hans giraba el volante otra vez, sintiendo— los nervios en la garganta.

El terrible estampido pareció llenar la calle.

Un nuevo impacto del *bazooka* había alcanzado al enorme camión, que empezó a arder junto a uno de los depósitos auxiliares de gasolina.

El «Peugeot», que iba a estrellarse contra él, patinó sobre dos ruedas, produjo un espantoso chirrido de neumáticos y subió a la acera mientras desde una de sus ventanillas partía una ráfaga de metrallata. Las balas molieron la esquina mientras el «Porsche» doblaba aullando por la rué d'Avron. Las dos columnas gemelas de la Place Nation quedaban cerca, pero Hans se dio cuenta de que no podría llegar hasta allí. Aunque era un buen sitio para confundirse con el tráfico que a todas horas llegaba desde la Porte de Vincennes, le atraparían antes. Tenía que despistarlos en las calles mal iluminadas o acabaría en el cementerio.

Y en el cementerio se encontró, aunque sin darse cuenta. Había doblado a la derecha por el bulevar Chanbronne, rozando materialmente un autobús, cuando vio de frente una de las puertas del cementerio de Le Père Lachaise. El «Peugeot 604» seguía pegado a sus ruedas y ya no tenía tiempo de frenar.

Gritó:

—¡Agáchate!

Se pegó al volante como pudo e inclinó la cabeza. Por suerte para él, la puerta metálica no estaba cerrada del todo. Oyó el choque dentro de su cerebro, dentro de sus ojos, dentro de sus huesos.

Le pareció que el coche estallaba, pero cuando pudo alzar los ojos estaba rodando a ciento cincuenta por el sitio más insospechado del mundo: el mayor cementerio de París. Los faros alumbraron las cruces, los panteones, los cipreses, mientras la garganta de la muchacha se contraía en una mueca de horror.

Era incapaz de respirar.

Miró como una alucinada a través del parabrisas roto.

—¡Cuidado!

Un enorme panteón estaba ante ellos. Su masa gris se les desplomaba encima. Hans dio un golpe de volante, patinó también sobre dos ruedas, se deslizó de costado y envió a tierra una cruz, mientras todo el «Porsche» parecía estallar de nuevo. Por el retrovisor pudo ver que el «Peugeot» continuaba pegado a su cola, mientras la cabeza de un hombre con una metrallata asomaba por el lado derecho.

Una penumbra irreal lo llenaba todo.

Hans conducía por instinto. Su cerebro seguía estando en blanco. Pero un chispazo de inspiración le dijo que debía balancearse un poco a la derecha porque su perseguidor le imitaría maquinalmente. Lo hizo, y el «Peugeot» se desplazó también, cargándose una cruz de aquel lado. Pero se oyó un rugido porque en la cruz había estallado la cabeza del hombre de la metrallata.

—No es mal sitio para morir —dijo confusamente Hans, mientras daba más gas. Y vio entonces que una capilla enorme, formada por dos cuerpos, le cortaba el camino.

Sus dientes chirriaron.

Tenía que esquivarla como fuese.

Giró el volante y entonces su coche, con un terrible estruendo de neumáticos, quedó cruzado en el camino. El «Peugeot» fue a empotrarse en él, lo que hubiera significado la muerte de todos los que iban en ambos vehículos, pero el que conducía aquel otro bolido demostró ser un superclase, porque logró esquivar el choque en la última décima de segundo, derrapar espectacularmente de cola, subir a las escaleras de la capilla y volver a bajarlas mientras se escuchaba en la noche un terrible chirrido de ejes.

Pero el robusto coche resistió. Aunque sus ruedas ya quedaron desniveladas para siempre, pudo seguir al «Porsche», que había doblado a la izquierda.

Durante unos segundos, el tirador del *bazooka* creyó tenerlo a su alcance. Hizo un nuevo disparo a través de una de las ventanillas posteriores y se dio cuenta demasiado tarde de que el vehículo negro ya había logrado escaparse otra vez. La granada perforadora penetró en un panteón, se produjo un estampido horrisono y pedazos de ataúdes y de restos humanos saltaron por los aires en una especie de infernal danza.

Hans se dio cuenta de que tenía ante él un camino relativamente despejado, aunque a la luz de los faros todo aquello le seguía pareciendo una pesadilla irreal. Estaba en una de las avenidas centrales del inmenso cementerio.

«Con un poco de suerte saldré a la Avenue Gambetta —pensó—. Con un poco de suerte podré rodar hasta el laberinto de la Place de la Republique...»

Una vez allí, con el intenso tráfico que habría, no podrían seguirle.

Pero la suerte le falló. Sus dedos se crisparon salvajemente al darse cuenta de que, por unos momentos, la dirección no le respondía. Estaba patinando en la gravilla de un cruce.

Fue de pronto hacia la izquierda, estuvo a punto de dar una vuelta de campana y se estrelló de flanco contra un panteón. La puerta de aquel lado se hundió, los cristales estallaron. Hans quedó cruzado otra vez, sabiendo que ahora no iba a poder escapar.

El «Peugeot» pudo detenerse. Su conductor, pese a llevar un muerto al lado, siguió demostrando que tenía unos nervios de acero. Frenó casi al lado y salió mientras en la derecha empuñaba una bomba de mano.

La alzó.

No supo realmente si la lanzaba.

¡TRAC!

El ruido de su hueso frontal al convertirse en astillas lo oyeron todos menos él. La bala de la «Luger» le había atravesado de lleno. Hans acababa de disparar mientras intentaba proteger a Lorena con su cuerpo.

Pero era inútil.

Dos hombres más estaban saliendo.

Los dos llevaban metralletas.

De una forma confusa, Hans llegó a pensar que quizá mataría a uno, pero el otro les acribillaría. Por eso intentó aún proteger desesperadamente a la mujer mientras le decía con un hilo de voz:

—Reza...

* * *

Los dos hombres se acercaron hasta rozar casi las ventanillas. Iban a coserles a balazos disparando a bocajarro. Hans alzó la «Luger» sabiendo que ése sería el último movimiento de su vida.

Y la ráfaga alucinante llenó entonces la noche.

Una sola ráfaga.

Una lluvia enloquecedora de balas que envió a los dos I hombres al aire, que les hizo soltar las metralletas, que los bañó con su propia sangre.

Todo seguía siendo como una alucinación.

Como una pesadilla.

Hans apenas tuvo tiempo de volver la cabeza.

Y vio el «Alfa Romeo» de pequeño tamaño que estaba estacionado apenas a quince metros. Aquel vehículo superveloz debía haberles estado siguiendo todo el tiempo, pero ni unos ni otros se habían dado cuenta. De una de sus ventanillas partía aquella enloquecedora canción de muerte.

A pesar de la penumbra, Hans pudo ver los ojos quietos.

Espantosamente fijos.

Era como en aquel recodo del Metro.

Como en las paredes manchadas de sangre del Carrefour de l'Odeon.

La cara rígida.

Las manos implacables.

La muerte.

Pero no tuvo tiempo de pensar nada más. No pudo ni siquiera lanzar un grito. El pequeño «Alfa Romeo», tras haber repartido su ración de plomo, desapareció en la noche.

El cementerio volvió a su silencio, un silencio que ahora parecía más espectral que nunca.

Hans sacó como pudo a la muchacha de allí.

—Vamos... Tenemos que abandonar todo esto... ¡Salgamos a pie!
¡Por aquel lado saldremos al Theatre de l'Est! ¡Pronto!

Ella se dejó llevar. De pronto parecía una borracha. Tropezó con dos

cruces que de pronto parecían haber surgido en su camino.

Y empezaron a oír el sonido alucinante de las sirenas de la policía cuando los dos se acababan de perder entre las sombras.

Capítulo VIII

FUE Lorena la que entró con los periódicos en la habitación a la mañana siguiente. Echó un vistazo a Hans, que estaba aún en la cama, aunque mostrando por encima del cobertor el poderoso pecho desnudo, y susurró:

—Lee esto.

Hans no hizo un solo movimiento para tomar aquellos periódicos. Sólo la miraba fijamente. Y con una sonrisa que quería ser alentadora, murmuró:

—Me parece increíble que estemos aquí, en este hotel de la rué des Dames. Y que sigamos vivos.

—No es propiamente un hotel —dijo ella—. Es un *meublé*, una casa de citas. Tú dijiste que nos metiéramos aquí porque era el único sitio donde no nos pedirían documentación.

—Claro... Lo que le extrañó al conserje —explicó Hans, recordando los sucesos de la noche—, fue que pidiéramos habitaciones separadas. Debíó pensar que teníamos algo así como un capricho sexual. Que yo quería «conquistarte».

Ella se sentó en el borde de la cama. Como ninguno de los dos llevaba ropa de noche, se había vestido de una forma sumaria y enseñaba muchas cosas, bastantes más de las que una señorita de buena familia acostumbra a enseñar. Y especialmente si esa señorita de buena familia aspira a abrirse camino en los Tribunales del Sena.

Señaló los periódicos.

—Los he pedido a primera hora de la mañana. Mira —insistió.

—¿Qué ocurre? Supongo que hablan de la escabechina en Le Père Lachaise.

—Sí, pero hay algo extraño.

—¿Qué?

—No menciona el «Porsche» negro.

—¿Tu coche?

—Bueno, mío no... Del abogado Blanchot.

Hans reflexionó un momento.

—Puede haber una explicación —dijo.

—¿Cuál?

—Tú dices que tu jefe es un hombre influyente.

—Sí.

—Seguro que la policía se puso en contacto con él al descubrir el coche.

—Oh, eso por supuesto.

—Supón que él dijo la verdad: que te lo había prestado a ti. En ese caso no mencionaron el vehículo para no comprometerle en un asunto tan sucio, pero seguro que toda la policía de París te está buscando a ti, muñeca. Es decir, a los dos. Pero es tu pista la que tienen en este momento.

Lorena palideció.

—Enseguida empezarán a buscar en hoteles, pensiones y *meublés* —dijo—. Sé que lo hacen en esos casos.

—Elemental, preciosa. Por lo tanto hemos de largarnos de aquí. O, mejor dicho, me largo yo. Tú será mejor que te presentes a la bofia, digas que eres abogado, lo expliques todo y te libres de responsabilidades. No tienes por qué estar metida en esto.

Lorena se puso en pie y anduvo pensativamente unos pasos por la habitación. No se daba cuenta, pero a cada paso se le abría la falda. De pronto se volvió para mirar fijamente al hombre.

—Lo que tú me aconsejas está muy bien —dijo—, pero yo quiero garantías.

—¿Garantías de qué?

—De que no me meterán en la cárcel, lo cual significaría el hundimiento de mi carrera. No sé si te das cuenta, pero eso será exactamente lo que ocurra si me presento tal como estamos ahora, es decir sin poder contar una historia que nos disculpe a los dos. Necesitamos averiguar algo más para poder decirles a los de la bofia: «Hay esto». Y que los de la bofia nos crean.

—Tú puedes explicar una historia bastante razonable, Lorena.

—Si. Acusándote a ti.

—Bueno... Tal vez.

—Tendré que decir que disparaste. ¿No te das cuenta de que necesitamos encontrar algo que justifique esos disparos, para que no te pase nada?

Hans reflexionó un momento. Era verdad lo que ella decía. Dejar hablar a Lorena tal como estaban las cosas, era convertirle a él en una especie de enemigo público número uno. Habían de averiguar algo más y no presentarse ante la policía con las manos desnudas. Pero averiguar algo más... ¿cómo? ¿Y dónde?

Intentando quitar gravedad al asunto, sonrió y dijo con una entonación que quería ser alegre:

—Es la primera vez que me meto en un *meublé* con una mujer sin

tocarle ni siquiera un dedo. Creo que ésta es mi semana de la mala suerte.

—Pudo haber sido peor, Hans.

—Tienes razón. Podría estar muerto.

—Pensemos en alguna salida. De momento la policía no ha metido aún las narices aquí. Quizá dispongamos de un poco de tiempo todavía.

—Ojalá tengas razón. ¿Qué dicen del «Peugeot» que nos persiguió?

—Que era robado. Natural.

—Lo siento por el dueño. Un coche así no se tiene más que una vez en la vida. ¿Pero qué dicen de los muertos? —Siguió preguntando él.

—Nada. Se ve que aún no los han podido identificar.

—¿Es que no llevaban documentación?

—Quizá en eso los abogados sepamos más que los periodistas, Hans. Los asesinos profesionales, según he oído decir, no llevan documentación cuando «trabajan», o la llevan falsa. De ese modo no resulta tan fácil identificarlos y por lo tanto seguir la pista a los tipos que les contrataron.

—Lo comprendo.

—En cambio hay algo que yo no comprendo, Hans.

—¿Qué?

—El tipo que nos salvó.

—¿El del Alfa Romeo?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Pasan muchas cosas, Hans. Una montaña de cosas. ¿Por qué nos salvó? —Bueno, podía ser un poli que estuviese siguiendo a aquellos pandilleros.

—La poli no obra de esa manera, huyendo después de matar.

—Eso es cierto, pero cabe otra explicación. Pudo ser un pandillero que siguiese a aquellos pandilleros.

—¿Una especie de ajuste de cuentas entre asesinos?

—Es una explicación —dijo Hans.

—Una explicación demasiado sencilla, y sé que precisamente a ti no te gustan las explicaciones sencillas. Incluso tuve la sensación... En fin, hay cosas difíciles de explicar. Pero cuando estás al borde de la muerte ves las cosas con una claridad que no has tenido jamás cuando todo iba normalmente en tu vida. Todo se ilumina de una forma extraña.

—¿Y qué es lo que *viste*, Lorena?

—Me pareció que no era la primera vez que te encontrabas con ese hombre.

—¿En qué te fundas?

—En nada concreto. Ya te he dicho que fue una sensación sin

fundamento alguno, pero que me salió de dentro. Y esas cosas no suelen engañar.

El negó con la cabeza.

—No deberíamos perder tiempo en esto —dijo.

—Estás esquivando la cuestión.

—No la esquivo. Sólo digo que no deberíamos perder tiempo.

—Y según tú, ¿qué es lo que debemos hacer para no perderlo?

—Lo que se hace en estos sitios.

Ella le miró de soslayo.

—¿El amor? —preguntó.

—Sería un buen principio para ponernos de acuerdo. Y no estaría de más que empezases enseñándome mejor las piernas.

Lorena Blair susurró:

—¿Te gustan?

—Las tienes... perfectas.

Ella se subió la falda.

—¿Así? —preguntó descaradamente.

A Hans se le había secado la boca.

—Oye —susurró—, vamos a...

Y se dispuso a saltar de la cama para iniciar una especie de carga de la brigada ligera. Pero la voz helada de la muchacha le detuvo en seco.

—Ya no te debo nada —dijo.

—¿Qué pasa? No entiendo.

—Sencillo, amigo. Por enseñar las piernas de esta manera, yo cobro cincuenta francos al contado y libres de impuestos.

—De modo que ahora estamos en paz...

—Sí —dijo ella con toda la tranquilidad del mundo.

Y la muy maldita se bajó la falda.

Capítulo IX

LA televisión lo estaba diciendo en su programa de media tarde. Lacroix iba a ser, según todos los síntomas, el sustituto del difunto André Pleyel. El gabinete estaba reunido para decidir esa cuestión sin tardanza, porque en el mundo de las relaciones europeas se estaba viviendo un momento particularmente grave.

Hans y su particularísimo abogado escucharon eso en el departamento de televisores de las enormes Galerías Lafayette, mientras buscaban perderse entre la multitud. Estaba claro que no podían permanecer en el hotel de la rué des Dames porque la policía les buscaría allí. También estaba claro que lo mejor en esos casos es no esconderse, sino hacer vida normal, porque donde menos busca la bofia es entre las caras que ve pasar por la calle.

—De todos modos no sé cómo no han dado conmigo aún —susurró él—. Me estoy exhibiendo demasiado.

—Espera... Oye lo que están diciendo. Lacroix va a ser el sustituto de Pleyel en el ministerio de Información.

—Natural. Era el segundo de a bordo.

—¿Y no piensas que él puede tener interés en que la memoria de Pleyel no sea manchada? ¿Y que puede haber usado para eso la «policía paralela» de que te hablé?

—Es una suposición razonable, Lorena, pero de todos modos no creo en ella.

Los dos se detuvieron ante el próximo televisor que estaba funcionando, como si pensarán comprarlo. La gente pasaba a su lado sin mirarles, indiferente, con esa mortal indiferencia de las ciudades demasiado grandes. El comentarista político estaba explicando algo sobre los problemas con que se encontraría el sustituto de Pleyel.

En este caso, y aunque el comentarista no lo mencionase, estaba claro que un ministro de Información, en un país de Prensa libre como en Francia, no tenía otra misión que ser los ojos y oídos del Gobierno en todo lo relativo al espionaje y contraespionaje. El famoso Deuxième Bureau, que centraliza los servicios franceses de Inteligencia, no puede obrar por su cuenta y riesgo. Y Pleyel había sido el hombre encargado de fiscalizar toda la información para que el Gobierno la conociese, en especial el ministro de Asuntos Extranjeros. Muchas posiciones

adoptadas por el Gobierno francés dependían precisamente de aquella información y la que Pleyel daba a través del Deuxième Bureau.

Y ahora se estaba produciendo un momento particularmente delicado. De eso sí que hablaba el comentarista político, puesto que también lo había mencionado la Prensa. Una serie de asesinatos se habían producido en las dos Alemanias, provocando un cierto caos en el mundo oficial. Porque se daba la coincidencia de que esos personajes no sólo eran importantes políticos, sino que de un modo muy directo estaban vinculados al actual status alemán. Es decir, eran los que más se oponían a la reunificación de las dos Alemanias, lo mismo en el campo occidental que en el campo soviético.

—Es cierto —dijo Hans con un hilo de voz—. Un ministro fue asesinado la semana pasada en Bonn, y al día siguiente un director de un periódico izquierdista en Colonia. Dos altos comisarios rusos también han muerto hace poco, uno en Postdam y otro en Leipzig. Parece como si todos los que mantienen el principio de que las dos Alemanias no han de volver a unirse estuvieran condenados a muerte.

—Yo pensaba que los autores de esas muertes eran simples terroristas —dijo Lorena.

—En cierto modo lo son, pero con un objetivo muy amplio. En los países comunistas no existe prácticamente terrorismo, porque las leyes contra él son muy duras. Cuando alguien se ha arriesgado... es que hay algo muy importante detrás.

—¿Pero qué?

—No lo sé exactamente, Lorena. En el periódico se hacen muchas suposiciones.

—¿En qué sentido?

—Puede que un poderoso grupo nazi esté intentando la reunificación de Alemania bajo un solo mando, que justamente sería el suyo. Para ello elimina a toda la gente importante que se opone a esa idea.

Y enseguida añadió:

—Esa es una simple suposición, claro.

—Pero... Oye, lo que dices no tiene demasiado sentido. Para eso haría falta una poderosa organización.

—Los nazis disponen de ella. Está extendida por todo el mundo.

—Y cantidades inmensas de dinero para gastarlas sin tasa. Nada de lo que sucede se logra sin que corran ríos de oro.

—Yo estoy seguro de que corren —musitó Hans.

—¿Sí? ¿Y quién financia todo eso?

—Los países árabes —dijo él secamente.

—No lo entiendo, Hans.

—Pues es sencillo. En primer lugar, casi todos los muertos, lo mismo en el Este que en el Oeste, eran personas que tenían la ideología de

1945. Hombres que en su mayoría ya eran viejos y que aún mantenían los ideales de Churchill-Roosevelt-Stalin: una Alemania dividida para que no provocase más guerras (había provocado tres en menos de setenta años), una desconfianza hacia los árabes, que siempre había apoyado a Hitler, y un deseo de ayudar a los judíos, que lucharon sin descanso al lado de los aliados y además habían sido las víctimas de la guerra. Pero ahora piensa en una situación distinta: piensa en una Alemania unida bajo un régimen férreo como el que impondría la ultraderecha alemana, aunque no sea estrictamente nazi.

—No cuesta imaginarlo: el país más poderoso de Europa. ¿Y qué sigue luego?

—No. No sería el país más poderoso de Europa, Lorena.

—¿Por qué no?

—Porque su fuerza depende de su industria, y su industria depende del petróleo. ¿Pero qué pasaría si los árabes vendiesen a esa nueva Alemania, por ejemplo, el petróleo necesario a mitad de precio que a los otros países? Pues ocurriría sencillamente que toda Europa se iría empobreciendo y Alemania estaría cada vez más alta. Sus productos, siendo los mejores, serían también los más baratos. Hundirían a todos los países europeos y hundirían también a los Estados Unidos. Su moneda iría subiendo y subiendo mientras que el dólar, el franco francés, el franco suizo, la peseta y la lira se irían al diablo. Toda la economía europea cambiaría. Todo llegaría a hundirse bajo la ley y bajo la bota de una Alemania reunificada, que no necesitaría declarar la guerra para dominar el mundo de una manera efectiva. Piensa incluso en el comercio con Oriente.

—Explícame mejor eso, Hans.

Mientras descendían hacia una de las salidas, él susurró:

—Verás... Al hablar del comercio con Oriente hablo de los mil millones de chinos, que necesitan de todo: ferrocarriles, coches, máquinas, zapatos, relojes, bolígrafos, televisores... ¡todo! Dentro de cinco o seis años serán el mejor mercado del mundo. Hace ya un siglo que los ingleses desencadenaron la vergonzosa «guerra del opio» para tener dominado ese mercado. Los japoneses trataron de conquistar China en 1937 para tenerlo también. Los americanos se liaron en la guerra del Pacífico en 1941 porque no querían que ese mercado se lo quedaran los japoneses. En menos de cien años han muerto millones y millones de seres y han corrido ríos y ríos de sangre para ver quién se quedaba el mercado chino. ¿Sabes quién se lo disputa ahora?

—Por supuesto, los americanos y los japoneses —dijo Lorena.

—En efecto, pero también sé lo disputan los franceses, que durante años han mantenido una línea aérea París-Shangay y con abundantes pérdidas sólo «para no perder el contacto». Los rusos tienen ese mercado

perdido a causa de enemistades políticas, y los alemanes, no se atreven aún a contrariar a las llamadas «grandes potencias» pisándoles el terreno: Pero trata de adivinar el futuro y ver lo que sería capaz de lograr una Alemania unida, con petróleo sin límites y a mitad de precio: sus productos inmejorables invadirían el mercado chino y se quedarían con él. Serían el país más rico y más poderoso del mundo. Y además bien defendidos, porque si quisieran zampárselos los rusos los defenderían los yanquis; y si quisieran zampárselos los yanquis los defenderían los rusos. ¿Te das cuenta de lo enorme que puede ser esa maniobra? ¿Te das cuenta de que podría cambiar en dos años la faz del mundo?

Ella asintió.

Estaban ya cerca de la calle.

La gente seguía pasando junto a ellos, envolviéndoles en su atroz indiferencia.

—Veo lo que podrían ganar los alemanes, pero no veo lo que podrían ganar los árabes —dijo Lorena.

—También es sencillo: los alemanes, en cierto modo, dependerían de ellos. Disponiendo de petróleo en abundancia, no se preocuparían de desarrollar la energía nuclear, la cual, por otra parte, tienen medio prohibida por las potencias aliadas en virtud de la rendición de 1945. Eso significa que dependerían del petróleo, y que los árabes podrían imponer ciertas condiciones al poderoso país alemán. ¿Qué condiciones serán ésas? Condiciones de apoyo político, de apoyo militar, de apoyo económico. En pocas palabras: los países árabes, a través de Alemania, *podrían dominar el mundo*. Un viejo sueño que tienen desde el siglo octavo se convertiría para ellos en una realidad. Toda la obra de Carlomagno, por ejemplo, se iría al infierno. Desaparecería esa porción de Europa en Oriente Medio que es el Estado de Israel. Ningún país osaría hacerles frente. Y por descontado que los hombres que apoyaran esa política serían los más ricos del mundo. Estoy hablando de alemanes... y también de franceses.

—¿Quieres decir que la muerte de Pleyel... puede estar relacionada con esas muertes que se han producido en las dos zonas de Alemania?

—Cada vez estoy más seguro de eso. Pleyel debía oponerse a la idea de las dos Alemanias juntas otra vez. Estaría a punto de informar al presidente Giscard y su gabinete de la combinación que se tramaba. Y por eso había de morir.

—¿Supones tal vez que a ti iba a decirte algo de eso cuando te citó?

—No me extrañaría. Date cuenta de que *Le Monde* publica también *Le Monde diplomatique*, que es la revista política más prestigiosa de Europa. Querría saber, supongo, si nosotros estábamos dispuestos a apoyarle en los difíciles momentos que se avecinaban.

—Voy comprendiendo, Hans. Pero entonces eso indica que el que ahora corre peligro... el que puede morir a continuación de Pleyel... ¿es su sustituto Lacroix!

—Eso entra en la lógica más elemental, preciosa.

—¡Hemos de advertirle!

—Supongo que Lacroix ya está advertido, porque el hombre que estaba detrás del ministro de Información lo sabe todo de todo. Pero más vale que pienses en nosotros dos. No sólo nos busca la policía francesa, sino que somos el único obstáculo para una trama que mueve millones de millones y que puede cambiar en pocos años la faz de Europa. ¿Qué crees que va a ocurrir? ¿No nos van a dejar secos a la primera oportunidad, Lorena? ¿Qué valen nuestras vidas?

Ella dijo con un hilo de voz:

—*Nada...*

Se daba cuenta con horror de la verdadera situación.

Hans dijo riendo:

—Y todo esto por una deuda de cincuenta francos...

Pero al instante se le heló la risa.

Porque se dio cuenta de que iban a morir.

Porque supo en aquel instante que habían llegado al final del camino.

Capítulo X

HABÍAN salido de las galerías y estaban dirigiéndose a la Plaza de la Opera cuando el coche gris frenó apenas a tres metros de distancia. Las cuatro puertas se abrieron a la vez y de ellas brotaron cinco hombres armados de pistolas. Todos gritaron casi a la vez:

—¡Policía! ¡Alto!

Lorena Blair alzó un poco los brazos.

—Bueno —dijo—, tenía que llegar.

Pero en aquel momento rodó por el suelo. Hans la había derribado de una forma brutal. Se oyeron gritos en la calle y algunas personas se arrojaron al suelo mientras uno de los hombres aullaba:

—¡Tirez!

La bala le entró por la boca, le salió por la nuca y le destrozó totalmente la cabeza. Hans, con la Luger todavía humeante en los dedos, se hundió materialmente entre las ruedas de un coche. Acometida por un espasmo de horror, Lorena gritó:

—¡Estás loco!

—¡No son policías, maldita sea! ¡Fíjate en sus armas! ¡Son P-38 alemanas!

La muchacha se estrelló de cabeza contra un coche.

Una bala le había rozado la mejilla.

En ella se dibujó una delgada línea de sangre.

Los hombres que habían salido del coche tiraban a matar.

Y lo tenían todo de su parte, porque eran cuatro pistolas contra una sola. En cuestión de segundos pasaron a la acción con una táctica bien estudiada.

Mientras dos de ellos acribillaban materialmente el coche que servía de parapeto a Hans y Lorena, manteniéndolos inmovilizados, los otros dos avanzaban uno por cada flanco. El cerco resultaba así completo y la pelea estaba sangrientamente decidida antes de empezar.

Hans intentó girar sobre sí mismo.

Pero ya era inútil.

La P-38 le apuntaba a la cabeza.

Vio unos ojos duros y fríos.

Una boca curvada en una mueca sardónica.

Una frente que de pronto se convertía en una mancha roja.

El disparo apenas se oyó.

Pero la cabeza de aquel tipo pareció volar. Desapareció del globo. Con una mueca de horror, Hans se dio cuenta de que le habían disparado a corta distancia... ¡y además con una bala de punta de mercurio!

Dentro del cráneo de aquel hombre se produjo un horrísono estallido.

Los sesos volaron.

En toda la calle resonó un múltiple alarido de horror.

Hans balbució:

—¿Pero quién?..

No tuvo tiempo para seguir pensando. El otro pistolero que venía por el flanco ya estaba allí. Con un movimiento espasmódico, Hans giró su pistola.

Las dos denotaciones partieron simultáneamente, y Hans se encogió mientras sentía el pinchazo del plomo en la carne. Se dio cuenta de que había sido alcanzado, pero también vio caer a su enemigo con una espantosa brecha en el cuello. La bala del nueve largo de la Luger le había llegado hasta la nuca.

Los otros dos hombres se miraron.

Parecían no haber entendido bien lo que pasaba.

Pero estaba claro que necesitaban seguir atacando si querían acabar con Hans y su compañera. Y lo hicieron empleando un arma que ningún policía se atrevería a emplear, y menos en el centro de una calle de París llena de gente:

Una bomba de mano

El de la derecha fue a lanzarla.

Y en aquel momento fue su columna vertebral lo que pareció estallar. A su espalda había alguien que quizá era peor asesino que ellos. La bala con cabeza de mercurio fue dentro de aquel cuerpo una especie de bomba de Hiroshima.

El hombre se retorció y cayó.

La bomba de mano cayó con él.

El estallido fue espantoso.

Saltaron huesos, piltrafas de carne, chorros de sangre y linfa...

Otra vez el grito de horror se reprodujo en la calle.

Ahora sólo quedaba un hombre solo.

Intentó huir, aterrado.

Creía estar viviendo una de las escenas de la película «Apocalipsis ahora 2». Todo era como una locura. Hasta en el aire flotaba la muerte.

Giró sobre sus tacones.

Y entonces lo vio.

El veloz «Renault 30» color azul.

La enorme boca de la pistola que asomaba por una de las ventanillas.

La cara helada y cruel que estaba detrás.

Los ojos espantosamente quietos detrás de las gafas.

¡BRAAAAANG!

El nuevo disparo produjo el efecto de una verdadera explosión. La cabeza de aquel hombre también desapareció. La mandíbula inferior fue a un lado y la superior a otro. La escena fue horrisona. Y se produjo un efecto espectral cuando uno de los ojos de aquel hombre se desprendió y fue a rodar lentamente sobre el capó del coche.

De pronto el «Renault 20» azul arrancó.

No hubo problemas.

En aquel instante toda la calle, hasta la altura de la Opera, estaba espantosamente vacía. La gente se había lanzado a tierra y los coches se habían detenido a los costados. El rugido del potente motor lo llenó todo durante algunos segundos.

Y entonces la gente se puso a gritar.

Todo el mundo parecía loco.

Hans, con el hueco de la bala entre dos costillas, apenas era capaz de respirar, pero hizo un esfuerzo patético para ponerse en pie. Tenía que salir de allí porque sabía lo que se jugaba. La muchacha le ayudó mientras con una mano que iba quedando roja le taponaba la herida.

El hombre que venía hacia ellos, descendiendo de un pequeño «R-7» fue la Providencia. Tenía cara de buen samaritano y corrió para prestar ayuda. Con una voz que trataba de ser animosa ofreció:

—Suba, amigo, le llevaré a un hospital.

—Iremos solos —dijo Hans—. Gracias por su portaaviones.

Y le empujó para meterse dentro del pequeño «R-7», que estaba abierto como era lógico. El buen samaritano gritó:

—¡Eh, oigan!

—¡El motor se lo cuidaremos y además le pagaremos una tapicería nueva! —gritó Lorena—, ¡Y si quiere reclamar le pasaré mi tarjeta! ¡Soy abogado!

Arrancó.

Con un terrible zig-zag esquivó el coche de la policía que ya llegaba.

Estos sí que eran de verdad. Eran de la bofia y con carnet en regla.

Pero no pudieron fijarse en nada.

Hans murmuró:

—¡Hacia arriba! ¡Vamos a la Trinité y a Montmartre! ¡Bajaremos por el otro lado de París!

Perdía mucha sangre y los ojos se le nublaban, pero por fortuna

conducía ella. Aprovechando el tumulto y los coches que taponaban de cualquier manera las esquinas, lograron escabullirse. Lorena murmuró:

—¿Qué tal, Hans?

—No demasiado bien. Estoy a punto para la jubilación.

—¿Tienes dentro la bala?

—Creo que no... Yo diría que ha salido...

—Mejor.

—Quieres decir que tendré un magnífico aspecto... cuando esté en el ataúd, ¿no?

—Al contrario, tendrás un magnífico aspecto fuera de él. Voy a llevarte a un sitio donde te atiendan.

—Si, mujer, llévame a un hospital, por ejemplo el Hotel Dieu, y como está al lado de la Gendarmería, podrá detenerme el propio Prefecto de París: tendremos una foto magnífica para los periódicos de la noche.

—En el sitio adonde te llevo no corres ningún peligro.

—¿No? ¿Cuál es?

—Saqué hace poco de un buen apuro legal a un médico que había curado a un gángster. No puede negarse a ayudarme ahora.

—A ver si me hace abortar —dijo Hans—. Sería todo un espectáculo.

Trataba de animarse él solo.

Pero fue inútil.

Cuando llegaron a lo alto del bulevar de Clichy, uno de esos sitios donde por fortuna nadie se fija en nadie, él ya había perdido el conocimiento. Estaba apoyado en el reposa—cabezas del asiento y parecía dormido. La sangre había empapado la tapicería, pero de eso nadie se daba cuenta.

Lorena Blair atravesó en primera las vías de uno de los viejos apartaderos del ferrocarril que aún existen en la zona y se detuvo ante la verja de un decrepito chalet que parecía abandonado desde los tiempos de la guerra franco-prusiana. Pero cuando hizo sonar la bocina con tres toques largos y uno corto, la verja se abrió. Un hombre de media edad, que iba cubierto por una ancha boina vasca, le franqueó la entrada.

—Nunca imaginé que me meterías en un lío, Lorena —dijo mientras volvía a cerrar apresuradamente—. ¿Qué le pasa a ése?

—Es un periodista de *Le Monde*.

—Más lío todavía. Llévatelo.

—Está herido, pero no te preocupes. No le ha alcanzado la policía, sino unos pandilleros. Nadie te va a acusar.

—Entonces, ¿por qué no lo llevas a un hospital o una clínica?

—Tengo problemas, Robert. Y sólo te pido que le hagas una cura y le dejes pasar aquí la primera noche, hasta ver cómo evoluciona la herida.

Luego me lo llevaré. Te prometo que no te crearé problemas.

—De acuerdo, de acuerdo... Entra el coche en el garage, no lo dejes aquí. ¿Es tuya esta caja de cerillas?

—No. Es un coche robado.

—¡Leches!

—Te aseguro que puedes confiar en mí, Robert. A ver, ayúdame a sacarlo. Así... Parece que ha perdido mucha sangre.

—Pues como necesite una transfusión va listo. Aquí sólo le puedo hacer una transfusión de café con leche.

—Esperemos que se rehaga. A ver... ¿Lo entramos en el comedor? Sobre la mesa podrás examinarle.

Hans seguía sin sentido. El médico le rasgó las ropas con unas tijeras, examinó el impacto e hizo un gesto de duda. Después lo limpió bien e introdujo unas tenacillas en la brecha.

—Tiene orificio de salida y no hay esquiras —dijo—. Ha estado de suerte, aunque debe dolerle mucho. Le taponaré la herida y le haré una cura para evitar infecciones y le dejaré descansar. Puede que mañana esté mucho mejor.

—Es todo lo que necesitamos. Gracias.

Y Lorena Blair se situó a su lado, cuando media hora después tendieron a Hans en un diván. Debía estar terriblemente débil y con fiebre, porque deliraba. Ella escuchó sus palabras en medio del silencio espectral que se había adueñado de la habitación del chalet. El tiempo se había detenido allí. Nada de lo ocurrido parecía tener sentido. Los cristales de la ventana eran rozados de vez en cuando por la caída furtiva de alguna hoja.

Pero tampoco tenía sentido lo que decía Hans en su delirio. Porque, cosa incomprensible, mezclaba palabras alemanas y francesas. Sus dedos se crispaban de vez en cuando en un mudo gesto de angustia. Su cara cambiaba y de pronto se hacía casi infantil. Había en aquella cara un terrible sufrimiento.

Todas sus palabras eran entrecortadas. Lorena se dio cuenta de que eran palabras que casi surgían del inconsciente, palabras lejanas que estaban unidas a acontecimientos más lejanos aún, perdidos en la noche del tiempo. Pero para Hans aquellos acontecimientos volvían a ser materia viva y actual, volvían a ser sufrimiento.

—No disparéis contra esa mujer... Malditos, ya lo habéis hecho... Hatajo de cobardes, hijos de la gran marrana... Estoy harto de todos vosotros... Sí, ya sé que estáis maquinando algo contra mí... Pero antes de morir voy a tranquilizar la poca conciencia que me queda... ¡Malditos hijos de zorra! ¡Hijos de zorra! ¡Hijos de zorra!..

La cara de Hans se crispaba, sus dedos arañaban el aire. Movía desesperadamente la cabeza de un lado a otro, como si alguien fuese a

abofetearle. Y aquella voz que parecía brotar del fondo de sí mismo, aquella voz que tal vez se refería a acontecimientos lejanos y sin sentido, volvió a sonar.

—Esa mujer era la única cosa que yo quería en el mundo... Vais a pagarlo mientras quede en mis venas una gota de sangre... Hans, tú no te muevas de mi lado,.. ¿Sudamérica?.. Sí, Sudamérica, pero no hables con nadie de eso... Desconfía... Desconfía... ¡Desconfía! ¡Estamos en el infierno!

De pronto aquella voz cesó. Aquel silencio hostil, deprimente, se adueñó de la habitación otra vez. Se había levantado un fuerte viento y los cristales de la ventana temblaban. La muchacha tuvo un estremecimiento.

En aquel momento entró el médico. Miró con preocupación a Hans.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Delira.

—Es lógico. Veo que la fiebre también ha subido, pero mañana estará mucho mejor. ¿Vas a quedarte aquí?

—No. Tengo cosas importantes que hacer. ¿Puedes cuidar de él esta noche, Robert? Yo volveré por la mañana. Lo que he de hacer no puedo aplazarlo ni un minuto más.

—Claro que cuidaré de él. Le cambiaré los vendajes y le daré una camisa y una americana nuevas para cuando esté en situación de salir de aquí. Descuida, me ocuparé de todo.

—Gracias, Robert. No sabes lo que eso significa para mí. Pero sobre todo te suplico una cosa: que no sepa nada la policía...

Él sonrió con cansancio.

—¿Qué crees? ¿Qué voy a ir a llamarla? —preguntó.

—Por favor, tenlo muy presente —musitó ella—. Con la policía no me interesa ningún contacto. Ninguno...

—Lo entiendo muy bien. Tampoco me interesa a mí, y menos después de lo que está ocurriendo. La radio ha hablado ya dos veces del tiroteo cerca de la plaza de la Opera. Todo el lío viene de allí, ¿verdad?

Ella no contestó.

Se había mordido los labios nerviosamente.

Mientras iba hacia la puerta se limitó a decir con voz opaca:

—Recuérdalo, Robert. En este momento la policía es nuestro peor enemigo.

Y salió.

Su mirada era turbia.

Estaba perdida en el vacío.

Descendió por la Avenue de Clichy, que en aquellos momentos era una turbamulta de coches, autobuses, ruidos... Docenas y docenas de

trabajadores norteafricanos remontaban el bulevar de regreso a sus hogares más allá de la periferia... La muchacha llegó junto a la plaza.

Y entonces el coche patrulla se detuvo junto a ella. Fue el comisario Bernier el que saltó del coche, fue a su alcance y la saludó con una sonrisa.

—¡Uf! —dijo—. ¡El trabajo que nos has dado, muñeca! ¡Nos hemos hartado de seguirte por París! ¿Qué? ¿Ha hablado por fin ese tipo? ¿Vamos a ver al jefe?..

Capítulo XI

EL despacho del ministro del Interior tenía las persianas echadas. Ni un rayo de luz del exterior se filtraba en aquel recinto hermético, adornado con tapiz de Malinas y con alfombras auténticamente anudadas a mano en los talleres de Rabat. El silencio era casi angustioso más allá de las puertas estilo Imperio, que si pudieran hablar hubiesen desvelado todos los secretos de Francia. El propio ministro parecía una figura gris y lejana, ahogada por aquel silencio.

Lorena Blair se sentó frente a él. Aceptó el cigarrillo que le ofrecían a través de la mesa y lo acercó a la llamita del Dupont de oro. Luego clavó sus ojos en el ministro, que la contemplaba con expresión interrogativa.

—Ante todo he de darle las gracias por la confianza que me ha otorgado —susurró Lorena exhalando una bocanada de humo—. Cuando el comisario Bernier me advirtió que si Hans pedía un abogado de oficio me presentaría yo, tuve miedo por un momento. El asunto de la muerte del ministro Pleyel era demasiado grave, demasiado importante para mí. Pero lo he seguido paso a paso, aunque las circunstancias me hayan impedido ponerme en contacto con usted hasta ahora.

—Querida amiga —dijo el ministro del Interior suntuosamente—, usted ha estado haciendo un magnífico trabajo. Ese extraño periodista llamado Hans era el que más cosas parecía saber acerca de la muerte de Pleyel, y por lo tanto nos interesaba tener cerca de él una persona de absoluta confianza. Esa persona ha sido usted. Por desgracia no hemos podido intervenir en el inesperado tiroteo de la Opera, pero en todos los demás casos hemos estado cerca suyo y la hemos ayudado incluso en sus desplazamientos. ¿Qué pasa ahora con Hans? ¿Está herido? Bernier me ha anticipado algo de eso.

Lorena Blair, falso abogado, verdadero miembro de la Brigada Especial de la policía francesa, exhaló una bocanada de humo.

Con la mayor concisión posible, fue narrando todo lo que sabía, mientras el ministro la escuchaba con los ojos entrecerrados. Explicó que, según su opinión, André Pleyel había sido asesinado mediante el sistema de sustituir por una pastilla venenosa la primera de las pastillas excitantes de una caja que normalmente consumía. Que se había querido dar la idea de un suicidio, y para eso se habían tendido algunas pistas que llevaban hacia un bisexual llamado Jean, que había sido asesinado cuando ya no servía. Pero que los motivos de la muerte de Pleyel eran

otros muy distintos.

La muchacha siguió hablando.

Contó lo que Hans y ella habían comentado en las Lafayette en torno a un vasto movimiento de alcance europeo para conseguir la reunificación de las dos Alemanias, mediante el procedimiento de eliminar a los enemigos de esa reunificación, entre los cuales se contaba Pleyel. Dijo que la gigantesca operación podía estar promovida por altos políticos de ideología nazi, financiados por los emisarios y los países árabes más fanáticos, entre los cuales se podían contar Persia y Libia. Todo aquello indicaba la existencia de algo tan importante que en el momento de aparecer el cadáver de Pleyel nadie pudo ni siquiera imaginarlo.

El ministro del Interior la escuchaba con la mayor atención. Sus facciones se habían ido volviendo más grises cada vez. Un cigarrillo sin consumir, del que se había olvidado, ardía en un cenicero de plata.

—¿Todo eso es lo que cree Hans? —musitó.

—Es lo que creo yo misma —musitó la muchacha—. Nos encontramos ante algo tan importante que es usted, señor ministro, el que debe tomar una decisión. O tal vez deba tomarla el propio presidente de la República.

Se produjo otro obsesionante silencio en el despacho. Los viejos dorados de las puertas brillaban tenuemente a la luz. El ministro susurró entonces inesperadamente:

—¿Sabe usted, señorita Blair, que Hans podría ser también un agente nazi?

Una brusca arruga se formó en la frente de la muchacha.

—¿Qué... qué dice? —musitó.

—No sabemos nada de él excepto que es de origen alemán y que se nacionalizó francés hace unos años, al volver de Sudamérica. Ello también resulta significativo, puesto que Sudamérica es donde se han ocultado gran número de ex-jerarcas nazis. Lo curioso, por lo que he podido saber, es que Hans nació en el campo de exterminio de Buchenwald, siendo su madre una prisionera judía a la que habían encerrado en una de las llamadas «casas de placer», donde las mujeres estaban a disposición de los SS. Allí quedó embarazada y tuvo un hijo que no entiendo cómo le dejaron conservar. Quizá alguien intercedió para ello. Luego la madre fue ejecutada y de pronto Hans aparece en Sudamérica, de donde regresa a Francia, siendo todavía un niño, para iniciar sus estudios aquí. ¿Qué fue de su vida durante esos primeros años? ¿Cuál fue su formación? Eso no lo sabemos. Pero es curioso que esté ligado en sus orígenes a los círculos nazis, señorita Blair. No lo olvidemos.

Se acordó al fin de su cigarrillo encendido, lo aplastó en el cenicero y

continuó:

—Vuelva junto a él. Quizá sabe o piensa algo más de lo que usted nos ha podido comunicar hasta ahora. Y gracias por su ayuda, señorita Blair. Se le tendrá en cuenta.

Le tendió la mano, dando por terminada la entrevista. Lorena Blair, single agente de servicios especiales, sabía que ninguna de sus compañeras había sido recibida por el ministro, y eso la llenaba de orgullo. Pero al mismo tiempo sentía una sorda, una confusa vergüenza. Aunque en ningún momento había acusado a Hans, ¿hasta qué punto había sido leal con él? ¿No le había traicionado? ¿No había sido en realidad, en vez de su amiga, el policía que escucha?

Su mirada se había vuelto vidriosa al salir a la calle, donde ya imperaban las sombras de la noche. Su cabeza era un volcán, pero una sola cosa quedaba perfectamente clara en ella: si Pleyel lo había matado para que no se opusiera a los proyectos de reunificación de Alemania y no informase al Gobierno de lo que sabía sobre eso, ¿quién iba a ser la próxima víctima? La cosa estaba tan clara que la preciosa figura femenina quedó detenida en plena calle, con la mirada perdida, los ojos espantosamente abiertos.

¡Dios santo!

¡Era elemental!

¡Parecía mentira que al propio ministro del Interior no se le hubiese ocurrido!

La próxima víctima tenía que ser Lacroix, sustituto oficial de Pleyel y su fiel colaborador durante mucho tiempo. ¡Asestarían el golpe quizá aquella misma noche! ¡Lacroix estaba perdido!

Lorena Blair no lo pensó más. Acababa de tomar una decisión, y aquella decisión tenía dos posibilidades: o avisar al ministro del Interior, con lo cual se podía perder mucho tiempo en burocracias, o avisarle ella directamente del peligro que corría. Eligió ese segundo camino.

Y no perdió ni un momento en vacilaciones. Por su cargo conocía muy bien el sitio donde vivía Lacroix, un hombre soltero y retraído, al que apenas se conocían amistades: su casa estaba en un antiguo y artístico ex-pabellón de caza del Bois de Vincennes. Y hacía allí se dirigió Lorena.

Tomó un taxi.

Y el taxi le llevó hasta aquel mundo que parecía tan alejado de París, aquel mundo arrancado de las páginas de la Historia: una pequeña casa en el bosque, construida en piedra, con techo de pizarra y en torno suyo esculturas que quizá había admirado madame de Maintenon. Casi con temor, porque la muchacha sabía que se adentraba en los dominios del Poder con mayúscula, llamó a la puerta.

Tuvo una sorpresa cuando fue el propio Lacroix quién la abrió. Una

sorpreza relativa, porque ella sabía que Lacroix, hombre esencialmente solitario, no quería tener servicio durante la noche. El que ya era nuevo ministro de Información del gabinete Barre no mostró la menor perplejidad ante su visita. La invitó cordialmente a pasar y la invitó a sentarse en un pequeño salón rococó, cuyos muebles eran de época y cuyas ventanas cerradas daban al parque. Mientras se acariciaba lentamente los bordes de su chaleco de seda, Lacroix sugirió:

—Dígame a qué ha venido, señorita Blair. La escucho.

—Ante todo, permita que le felicite sinceramente, señor Lacroix. Ya es usted el nuevo ministro de Información del presidente Giscard.

—Le agradezco su felicitación, pero éste no es un día alegre para mí, sino triste. Aún están calientes, por decirlo de algún modo, los restos de mi buen amigo Pleyel, a quien tanto serví. ¿Pero qué es lo que tiene que decirme realmente?

Ella explicó todo lo que pensaba. No ocultó ni siquiera lo que había hablado con el ministro del Interior, pues daba por descontado que nada de eso tenía que ser secreto entre miembros del propio gabinete. Lacroix la escuchaba con atención, pero a diferencia del ministro del Interior no palideció ni por un momento.

—De modo que eso es lo que piensa usted... —susurró—. Y el gabinete confía en que usted y Hans le den más información...

—Eso es exactamente lo que ocurre, señor ministro... Y puedo prometerle que llegaremos lejos. No pararemos hasta descubrir qué personas están detrás de esa maquinación. Pero usted, señor ministro, debe protegerse.

—Lo comprendo y se lo agradezco —susurró Lacroix—, aunque sus temores son prematuros. Está usted muy nerviosa, querida amiga... ¿Por qué no toma una pastilla tranquilizante? Precisamente tengo algunas aquí. Tome.

Le tendió una cajita. Ella tomó una maquinalmente, pero no se la introdujo aún en la boca. Miró a Lacroix.

—Más bien los que deben estar protegidos deben ser usted y Hans —susurró éste mientras tomaba papel y un bolígrafo de oro—. Realmente usted no corre ahora ningún peligro conmigo, pero ¿quién protege a Hans?

—En este momento nadie.

—¿El ministro del Interior no se ha ocupado de eso?

—Dudo que haya pensado en ello. Son otras cosas las que le llaman la atención.

—Hum... Un olvido que puede ser imperdonable, señorita Blair. Curiosamente, y aunque la gente no lo sepa, son los ministros los que se olvidan de más cosas. Pero yo me ocuparé de eso, créame... ¿Dónde está su amigo Hans ahora? Le enviaré protección.

—Pues está muy cerca de la Avenue de Clichy, en... en...

De pronto la muchacha se detuvo.

Sus ojos se extraviaron un momento.

Eran unos ojos que de pronto no veían nada, ni siquiera el despacho. Sólo veían la píldora que se iba a llevar a la boca.

Una píldora como la que había tomado Pleyel...

Como la que había tomado Pleyel...

¡Como la que había tomado Pleyel!

De pronto sus pensamientos se dispararon.

Sus labios se torcieron.

Vio que Lacroix esperaba su respuesta... ¡Una respuesta que le llevaría en línea recta hasta el sitio donde se encontraba Hans!

Hubo de hacer un terrible esfuerzo para dominarse.

Sentía vértigo.

Acaso Lacroix... ¿lo había hecho todo para sustituir a Pleyel? ¿No podía entonces él dirigir desde su nuevo despacho aquella gigantesca operación? ¿No habría soñado aquel hombre en convertirse en uno de los nuevos dueños del planeta?

Lentamente se puso en pie.

Intentaba sonreír.

Pero su sonrisa, que quería ser natural, era en realidad una mueca.

—Lo siento, señor Lacroix... —musitó—. ¿Por qué no me permite llamar antes al ministro del Interior? Pienso que los dos deben ponerse de acuerdo. Si usted me permite... Es sólo un momento.

Dejó caer la píldora y puso la mano sobre el teléfono de estilo que había en la mesa del despacho. Fue a descolgarlo. Pero de pronto una mano huesuda, dura, espesa, se posó sobre la suya.

Era imposible saber de dónde había salido.

Pero la muchacha vio también la cara allí.

Aquella cara grande, ancha, peluda. La cara de un gorila gigante. Vio la sonrisa sardónica y la pistola que ya le estaba apuntando a la cara. El matón había aparecido como surgido de las sombras, a una invisible señal de Lacroix.

Este susurró:

—No la puedes matar aquí, Charles. Llévala abajo y consigues como sea que te dé el escondite de Hans. Luego los haces desaparecer a los dos, pero de forma que parezca un accidente. No puedes fallar porque saben ya demasiado y se han metido hasta el cuello en este asunto. Contrata a la gente que quieras, aunque como de costumbre no deben saber para quién trabajan.

El gorila murmuró:

—Claro... Así lo haré.

Y fue a empujar a Lorena con el cañón de su pistola. Ella sintió que sus piernas temblaban, pero se dio cuenta de que aquello era la muerte. O escapaba ahora o ya no escaparía jamás. Intentó dar un salto.

Lacroix gritó:

—¡Sin contemplaciones, maldito! ¡Tira!

Sabía el peligro que la muchacha representaba y no quería correr ningún riesgo.

La detonación brotó.

Y Lorena se dio cuenta con horror de que la sangre saltaba hasta su cara. Se dio cuenta de que el gorila se tambaleaba, tras ser alcanzado en el cuello por la bala disparada desde una de las ventanas. Con un movimiento de muñeco mecánico, cargada de horror, la muchacha giró la cabeza y pudo ver la figura ancha y maciza, llena de fortaleza aún, pese a corresponder a un hombre que debía pasar de los sesenta y cinco. Vio los ojos inmóviles, espantosamente crueles, tras los cristales de las gafas.

¡Y recordó aquella cara!

¡La había visto ya antes!

¡Era la del extraño hombre surgido del vacío, la del hombre que les había salvado ya más de una vez!

¡Oyó su grito de muerte!

¡Y la segunda detonación!

Aquel desconocido y el guardaespaldas de Lacroix se tambalearon a la vez, heridos los dos de muerte. Otra vez la cabeza de la muchacha giró con los ojos desorbitados para ver a Lacroix que había disparado con su Baretta, una pistola del nueve largo que ahora giraba hacia ella. Lacroix se lo había jugado todo a una carta en vista de las circunstancias, y aquella carta era la triunfadora. Fue a apretar el gatillo. Sus dientes produjeron un chirrido metálico.

¡BANG!

También la detonación había sonado junto a la ventana, también el estampido hizo que temblaran los jarrones y las figurillas rococó. Con una expresión de asombro en el rostro, con ojos que ya apenas veían, la muchacha distinguió incrédula la figura de Lacroix, que se tambaleaba llevándose las manos al pecho. Vio la sangre saltar. Captó, como un sonido del otro mundo, el estruendo del cuerpo del ministro al desplomarse sobre la mesa...

Y miró hacia la ventana.

El cuello de Lorena chirriaba.

Sus ojos seguían sin apenas ver.

Pero aun así distinguió al ensangrentado Hans, que estaba empapando sus ropas nuevas. Distinguió su cara asombrada. Y oyó como si llegase de muy lejos su voz que decía:

—¡Dios santo! Yo también había pensado que era urgentísimo avisar a Lacroix...

Y avanzó como un borracho hacia el hombre de las gafas. Sus piernas casi vacilaron cuando se arrodilló junto a él. Con dedos trémulos le cerró los ojos.

Lorena balbució:

—Pe... ¿Pero quién era?

El oficial de las SS que vengó la ejecución de mi madre —dijo él con un hilo de voz—. Era... era mi verdadero padre. Yo ni siquiera sabía que estaba en Francia hasta... hasta que le vi matar a la periodista del *Miroir*. Quiso demostrar a los miembros de esta organización, supongo, que estaba dispuesto a todo para impedir sus planes. Porque él había visto el horror de aquella guerra y no quería otra... Porque él sabía *realmente* lo que podía pasar... Decidido a luchar como fuese, luchó de la única forma que sabía: salvajemente. Y quizá ha muerto como en el fondo le gustó.

Lorena preguntó con un hilo de voz:

—Por eso no le denunciaste, ¿verdad?

Hans no contestó. Se acercó a la mesa de Lacroix y descolgó el lujoso teléfono.

—Voy a llamar al ministro del Interior —dijo—, pero dejaré aquí el importe de la llamada para no deberle nada a Lacroix. ¿Llevas tu dinero?

—¿Yo? ¿Por qué? —musitó Lorena mientras se acercaba.

Y él consiguió decir con una leve sonrisa:

—¿Por qué? Porque me debes cincuenta francos...

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

¹ Líder izquierdista y sindicalista marroquí, muerto por orden del general Oufkir, jefe de la policía de Hassan II, el cual contó con la ayuda de los agentes secretos o «policías paralelos» franceses, dado que el entonces gobierno del general De Gaulle quería mantener las mejores relaciones con Rabat. Sin embargo, oficialmente, el asunto no se ha aclarado nunca (N. del A.)